

7040

EL TEATRO  
Y LA  
ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

---

LA

# MENDIGA DEL MANZANARES

ZAMBUELA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO

DE LOS SEÑORES

**D. ENRIQUE PRIETO Y D. ANDRÉS RUESGA**

MUSICA DEL MAESTRO

**D. MIGUEL MARQUÉS**

Estrenada con gran éxito en el teatro de Apolo la noche  
del 4 de Diciembre de 1880



**MADRID**

—  
OFICINAS: POZAS 2 Y SEVILLA 14

1880



**LA MENDIGA DEL MANZANARES**



EL TEATRO  
Y LA  
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

---

LA  
MENDIGA DEL MANZANARES

ZARZUELA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO

DE LOS SEÑORES

**D. ENRIQUE PRIETO Y D. ANDRÉS RUESGA**

MÚSICA DEL MAESTRO

**D. MIGUEL MARQUÉS**

Estrenada con gran éxito en el teatro de Apolo la noche  
del 14 de Diciembre de 1880



**MADRID**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE DIEGO VALERO  
SAN MARCOS, 26

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

LA MENDIGA (Elvira, hija del marqués de Alcira).....	Sra. Cortés de Pedral.
MARQUES DE ALCIRA.....	Sr. Corona.
EL CONDE DE ARANDA.....	» Berges.
DON ANSELMO.....	« Banquells.
FRAY VALENTIN (Lago).....	» Tormo.
MARICUELA.....	Sra. Baeza.
EL SEÑOR PACO.....	Sr. Bosch.
ANTONIO EL ESTUDIANTE.....	» Moron.
UN POSADERO.....	» Mora.
DOS FRAILES CARMELITAS.....	N. N.

Lavanderas, estudiantes, soldados, frailes, alguaciles y niños.

**Reinado de Carlos III.**

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. HIJOS DE A. GULLON y de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Ribera del Manzanares.—A la izquierda en primer término una casa pequeña con puerta practicable. Sobre ella un emparrado y bajo él mesas y sillas.—Sobre el emparrado, y frente al público, un letrero que diga «MERENDERO.» Al fondo y desde el tercer término de la izquierda, hasta el primer término de la derecha, un cauce del río con bancas y piedras para las lavanderas. En el centro un puente hecho con troncos. Cuerdas de palo á palo con ropa colgada. Al levantarse el telon aparecen las lavanderas, cada una con su paleta, golpeando la ropa al compás de la música, y lavando, colocadas en las dos orillas del río.

### ESCENA PRIMERA.

Coro de lavanderas, luego frailes y despues estudiantes.

#### Música.

---

#### LAVANDERAS.

A lavar lavanderas,  
démonos prisa,  
los calzones de lienzo  
y las camisas.

Ande el trabajo;  
cuando llegue la noche  
vendrá el descanso.

Dale chiquilla  
sin compasion,

mucha paleta,  
poco jabon.

Que en este mundo,  
no hay que dudar,  
se logra todo  
con machacar.  
¡Tram, tram,  
tram, tram! (Golpeando la ropa con las paletas.)

II.

Con el agua del rio  
que hay cuando llueve,  
queda blanca la ropa  
como la nieve.

Para limpieza,  
son los chorros del oro  
las madrileñas.

Dale chiquilla, etc. (Dos frailes salen por el foro. Al verlos las lavanderas se levantan á besarles las manos. Ellos las bendicen.)

FRAILES.        Santas tardes, mis buenas  
hermanitas.

LAVAND.        Bien venidos los padres  
Carmelitas.

FRAILES.        El Señor os preserve de  
los males  
y os liberte de influjos  
infernales! (Los frailes van á sentarse al me-  
rendero y las lavanderas vuelven á su sitio )

LAVAND.        Dale chiquilla, etc. (Oyense dentro las gui-  
tarras de los estudiantes.)

Escuchad ese ruido;  
no hay duda alguna,  
ya se acerca cantando  
la alegre tuna,

Oid, oid,  
callad, callad,  
las paletas dejemos,  
aquí están ya. (Salen los estudiantes con gui-



tarras y otros instrumentos. Las lavanderas se levantan. Los dos frailes en el merendero, toman el chocolate que Maricuela les habrá servido.)

ESTUDIAN. Cuando van los estudiantes  
por las calles de Madrid,  
dicen todas las muchachas:  
¡si uno fuera para mí!  
y de rejas y balcones  
al oír nuestra canción,  
en suspiros nos arrojan  
más de un pobre corazón.

Prendidas quedan  
en nuestra red,  
y á todas juntas  
queremos bien.

De amor tenemos  
un gran caudal,  
pero en dinero  
ni medio real. (Antes de concluir la música,  
los frailes se levantan y se van.)

### HABLADO.

---

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¡Viva la tuna!

TODAS. ¡Viva!

ANTONIO. Gracias, muchachas,  
y vivan las mujeres  
de rompe y rasga.

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¡Ay que salero!

ANTONIO. Tienes chica, unos ojos,  
como luceros.  
En su luz me achicharro  
cual mariposa.

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¡Eres bicho con alas?

¡Valiente mosca!

ANTONIO. Dame un abrazo  
que mitigue este fuego...

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¡Al agua, patos!

ESTUD. 2.<sup>o</sup> Lavandera que lavas

penas de amor.  
tú serás mi bandera...

LAVAND. 2.<sup>a</sup> Y tú el pendon.

ESTUD. 2.<sup>o</sup> Deja melindres,  
y en un ósculo tierno  
mi amor recibe.

LAVAND. 2.<sup>a</sup> ¡Alto el fuego!

ESTUD. 2.<sup>o</sup> (Queriendo abrazarla.) ¡Por fuerza!

LAVAND. 2.<sup>a</sup> (Dándole un bofetón.) ¡Pues toma el beso!

ESTUD. 2.<sup>o</sup> Mal enjambre te pique...

LAVAND. ¡Petra, qué es ello?

LAVAND. 2.<sup>a</sup> Que estos sotanas  
se han venido hasta el río  
buscando lana.

LAVAND. 1.<sup>a</sup> Váyanse los tunantes.

ANTONIO. Calle la boca  
doña Paz Trota-lienzos.

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¡A mucha honra!

LAVAND. 2.<sup>a</sup> ¡Vaya el sopista  
D. Raido Manteo!

ANTONIO. ¡Doña Legía!

LAVAND. 1.<sup>a</sup> Compañeras, seguidme  
todas á una,  
y arrojemos al agua  
á esta gentuza!

LAVAND. Fuera con ellos.

ANTONIO. ¡Nos declaran la guerra?  
¡Muchachos, fuego!  
Entre besos y abrazos  
demos fin de ellas.  
¡Al asalto, estudiantes!

LAVAND. 1.<sup>a</sup> A las paletas. (Cojen todas las paletas y amenazan á los estudiantes.)

LAVAND. 2.<sup>a</sup> ¡Chicas, valor!

ANTONIO. ¡Que sacan los cañones!

TODOS. ¡Traicion! ¡Traicion! (Vánse todos en tropel, perseguidos por las lavanderas en el momento en que se presenta Fray Valentin y le toman por uno de tantos.)

ESCENA II.

DICHOS y FRAY VALENTIN.

FRAY VAL. ¿Pero qué alboroto es este?

LAVAND. Duro con ellos.

FRAY VAL. ¡Cuidado!

Que es mi cabeza, hermanitas.

LAVAND. 1.<sup>a</sup> Fray Valentin.

FRAY VAL. ¡Fray Porrazos!

Que á poco más me dejais  
de fraile, fraili-quebrado.

TODAS. ¡Já, já, já!

FRAY VAL. ¿Quereis decirme  
de qué proviene este escándalo?

LAVAND. 1.<sup>a</sup> De esos pícaros tunantes.

FRAY VAL. ¿Pues qué hacian?

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¡Abrazarnos!

FRAY VAL. (Santiguándose.) Jesús, María y José.  
(¡Ay! ¡Quién pudiera imitarlos!)  
Siendo con buena intencion,  
el abrazar no es pecado.

LAVAND. 1.<sup>a</sup> Era con mala.

TODAS. Y tan mala.

LAVAND. 2.<sup>a</sup> No hay que dejar uno sano,

FRAY VAL. Calma, *mulieri*; haya paz  
entre príncipes cristianos.  
San Mateo, San Crisóstomo  
y San Juan de Capistrano,  
recomiendan que olvidemos  
nuestras ofensas y agravios.  
*Perdonabit ofensorum,*  
*de estultum es sapientiarum*  
(Este latin no lo entiende  
ni el mismo que lo ha inventado.)  
*Dóminas restregan ropis;*  
*per justillus apretatur,*  
*in corpore de escolástici*

*machacorum jabonarum.*

¿Me habeis comprendido?

TODAS, No.

FRAY VAL. Yo tampoco; en paz estamos.

LAVAND. 2.<sup>a</sup> ¿Y á dónde bueno?

FRAY VAL. Hermanitas,

por este mundo rodando  
en busca de la limosna  
que los devotos cristianos  
dan á los padres Franciscos.

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¿Se ha hecho mucho?

FRAY VAL. Ni un ochavo.

Hoy todo ha sido en especies,  
y por no manchar los hábitos  
lo llevo oculto...

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¿En las mangas?

FRAY VAL. Entre pecho y espino.

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¡Qué tragon!

LAVAND. 2.<sup>a</sup> Así no hay miedo  
de que se lo coma un galgo.

FRAY VAL. Hermanas, las penitencias  
me tienen debilitado,  
y es preciso...

LAVAND. 1.<sup>a</sup> ¡Ya lo creo!

¡Si estuviera trabajando  
como mi pobre Cornelio!...

FRAY VAL. Hija, tu esposo es un ganso.  
¡Quién le mandaba casarse  
sin haberse confirmado! (Risas de las la-  
vanderas.)

UNAS. ¡Es verdad!

OTRAS. ¡Bien por el lego!

FRAY VAL. Ea, hermanitas, me marcho.  
Quedad en gracia de Dios,  
y aunque lego *intonsurado*,  
os dejo mis bendiciones  
y os doy á besar mi mano. (Todas le besan  
la mano.)

y tú por tus heregías (A la 1.<sup>a</sup>)  
reza catorce trisagios!...  
y cuida que á tu Cornelio  
no le salga el nombre caro.

TODAS.

¡Já, já, já!

FRAY VAL.

Yo voy á ver  
si tomo algun sopicaldo. (Las lavanderas  
desaparecen y Fray Valentin se dirige al meren-  
dero.)

### ESCENA III.

FRAY VALENTÍN, luego MARICUELA.

Y de paso á visitar  
á la hermana Maricuela,  
para ver si se consuela  
y deja al fin de llorar.  
Es una viuda que siente  
la falta de su difunto;  
que tiene muy buen conjunto  
y un chocolate excelente.  
Yo la consuelo y la animo,  
y á su dolor pongo tasa,  
y ella me obsequia en su casa  
con tal fervor y tal mimo,  
que un dia, ante los embates  
de tan dulce tentacion,  
perder temo el corazon  
á fuerza de chocolates.

(A la puerta del merendero.)

¡Deo gracias!

MARIC.

(Dentro. ¡Eh! Perdonad,  
y Dios os guarde, hermanito.

FRAY VAL.

¡De vos solo necesito!  
Tenga, hermana, caridad.

MARIC.

(Saliendo. ¡Fray Valentin!

FRAY VAL.

En persona.

MARIC.

Creí fuera un importuno.

FRAY VAL.

¡Algún mendigo?

- MARIC. Algún tuno...  
 ¡Y érais vos!
- FRAY VAL. ¡Gracias, pichona!
- MARIC. Como por el río hay tanto  
 vagabundo...
- FRAY VAL, Os lo concedo.  
 Y vuestro huésped es...
- MARIC. Quedo.  
 Ese mendigo es un santo.
- FRAY VAL. ¿Santo dijo?
- MARIC. Sus pesares  
 llora el pobre noche y día.
- FRAY VAL. Lo será, más juraría  
 que es un santo de Pajares.  
 Siempre solo y triste se halla,  
 de todos huye y se esconde;  
 si le llaman, no responde,  
 si le preguntan, se calla.  
 Si Elvira no está, murmura,  
 y os apuesto mi cabeza  
 que cuando reza, no reza,  
 sino que al diablo conjura.
- MARIC. ¡Aprensiones!
- FRAY VAL. Pues jurara...  
 que su cara no es...
- MARIC. Callad.  
 Su hija es la misma bondad.
- FRAY VAL. ¡Ay! Esa ya es otra cara!
- MARIC. Desde que amanece Dios  
 sale la pobre á cantar  
 por el río, hasta encontrar  
 el sustento de los dos.  
 A tanto su gracia obliga,  
 que por oír sus cantares,  
 las gentes del Manzanares  
 van siguiendo á la mendiga.  
 Canta como un ruiseñor;  
 yo no sé dónde ha aprendido,

pero lee de corrido,  
y escribe mucho mejor.  
Reza el rosario en latin,  
recita muchos portentos,  
muchas historias y cuentos,  
y sabe más que Merlin.

Y es tan bella que provoca  
simpatía su hermosura.

¡Una gracia! Una dulzura!...

FRAY VAL. ¡Ay! Se me hace agua la boca.  
Cese, hermana, de elogiar  
tentaciones del demonio,  
que no soy un San Antonio  
y me puedo condenar.

MARIC. ¡Fray Valentin!...

FRAY VAL. Maricuela...

MARIC. ¡Que es pecado!...

FRAY VAL. Ya lo sé

Maricuela. Yo pondré  
despues al santo una vela.

MARIC. Pero hermano, ¿esas tenemos?

¿Y las reglas?

FRAY VAL. ¡Ay, hermana!

¿En la doctrina cristiana  
no dice que nos amemos?  
Pues si allí lo manda Dios,  
quiero amar vuestros encantos.  
Me gustan mucho los santos,  
pero más me gustais vos.

**Música.**

---

MARIC. Hermano Valentin,  
no siga por favor,  
que puede condenarse  
y condenarme yo.

FRAY. VAL. Hermana, decís bien,  
y alabo la ocasion;

- si juntos nos perdemos  
cuanto antes es mejor.
- MARIC. Por Dios, hermano,  
repórtese.
- FRAY VAL. Perdone, hermana,  
pequé, pequé. (Se separan volviéndose de  
espaldas.)
- MARIC. Volved los ojos.
- FRAY VAL. Lo mismo vos.
- LOS DOS. (Santiguándose á un tiempo.)  
De tal pecado  
librenos Dios.
- FRAY VAL. (Despues de una pequeña pausa y mirándola á  
hurtadillas.) Yo la miro de reajo.
- MARIC. (Haciendo el mismo juego.)  
Ya me mira de soslayo,
- FRAY VAL. Si no fuera un pobre lego...
- MARIC. Si no fuera por los hábitos.
- FRAY VAL. (Mirándola y acercándose poco á poco.)  
¡Ay, Maricuela!
- MARIC. (El mismo juego sin acercarse.)  
¡Ay, Valentin!
- FRAY VAL. Yo me aproximo.
- MARIC. Se acerca á mí.
- FRAY VAL. ¿Cómo sabiendo monona  
que mi pasion es tan fina,  
á mi agraciada persona  
la arrojas contra una esquina?  
Mira que me causa pena  
tu bondad y tu desden;  
con que apiádate morena  
y deja ese ten con ten.
- MARIC. Déjese de hacer el cucco:  
si en su cariño no hay maca  
cuelgue el hábito frailuco  
y póngase la casaca.  
Mi corazon vive alerta  
si no viene con buen fin.



Con que llame en otra puerta  
el hermano Valentin.

FRAY VAL. No permiten las reglas  
el abjurar.

MARIC. Pues entonces, paciencia,  
y barajar.

FRAY VAL. ¡Ay, mi viudita!  
corre al convento  
y haz que los padres  
toquen á muerto.  
Diles que recen  
por Valentin,  
que á tu difunto  
reemplaza al fin.

MARIC. ¡Ay, mi leguito!  
corro al convento  
porque los padres  
toquen á muerto.  
Quiero que recen  
por Valentin,  
que á mi difunto  
reemplaza al fin.

#### ESCENA IV.

DICHOS. DON ANSELMO y el SEÑOR PACO.

#### Hablado.

—

ANSELMO. ¡Qué veo! ¡Tal liviandad,  
Fray Valentin.

FRAY VAL. (¡La hice buena!)  
*¡Kriste leyson! ¡Gratia plena!...*

ANSELMO. ¡Qué escándalo es este? Hablad.

FRAY VAL. Los salmos de Salomon  
le estaba enseñando ahora  
á esta pobre pecadora.

ANSELMO. ¡Y el abrazo?

FRAY VAL. ¡Es devocion!

Puro celo religioso  
de un cristiano!

ANSELMO. ¡Calle, hermano!

¿Y os parece muy cristiano  
ejemplo tan pernicioso?  
Si en el convento se sabe  
tal conducta, no temeis...

FRAY VAL. Espero que no direis...  
Mi delito no es tan grave,  
señor; soy demandadero,  
y como no he profesado,  
si inadvertido he pecado  
mi pecado es pasajero.  
Yo no soy fraile de veras,  
ni entiendo, aunque os cause risa,  
más «del ayudar á misa»  
que apurar las vinajeras.  
Mas yo enmendaré...

ANSELMO. Me huelgo;  
que el hábito compromete,  
y si enmienda no promete,  
le aseguro...

FRAY VAL. (Señalando su hábito.) (¡A que le cuelgo!)  
(No tengo de sangre gota.)  
¡Ay, Maricuela! (Aparte á Maricuela.)

MARIC. (Aparte á Fray Valentin.) Id con Dios.

FRAY VAL. (A don Anselmo.) ¡Dios os guarde!

ANSELMO. Y él á vos.

FRAY VAL. Vóime á ver á otra devota.  
(Váse por la derecha.)

## ESCENA V.

LOS MISMOS, ménos FRAY VALENTIN.

(Durante la escena anterior, el señor Paco habrá estado examinando la casa del merendero y sus alrededores.)

ANSELMO. Mi refresco, Maricuela.

MARIC. ¿Y para el señor?

ANSELMO. Lo mismo. (Váse Maricuela.)

¿Y bien Paco?

PACO. No hay escape.

La ventana que dá al rio  
está á gran altura, y dudo...

ANSELMO. Por la puerta...

PACO. Es lo más fijo.

Que para entrar y salir  
son las puertas y postigos.

ANSELMO. No temes...

PACO. Ni por asomo.

Lo tengo todo previsto,  
y en cuanto dé la señal  
vereis si son buenos chicos  
y obedientes.

ANSELMO. Eso sí.

Servidores más sumisos  
no los tuvo nunca el rey.

PACO. ¡Don Anselmo!...

ANSELMO. Tú eres listo,

y en el barrio tienes fama  
de honrado y caritativo.  
Haces todo el bien que puedes  
entre todos tus vecinos,  
y con un partido cuentas...

PACO. Qué quereis; yo no soy rico,  
pero hay tanto pobre, que  
á este un poco, otro poquito  
al otro, yo les remedio,  
y me están agradecidos.  
Y hasta si llegara el caso  
podria, siendo preciso,  
disponer de algunos cientos  
de brazos bien decididos  
por la buena causa.

ANSELMO. Es cierto.

La causa de Dios. Hoy mismo,  
quizá esta noche, tengamos,

segun el padre Rufino,  
nuestro sábio confesor,  
buenas nuevas. Ha corrido  
como seguro que el rey  
por completo ha desistido  
de los planes que hace tiempo  
le suponen, y contrito  
vuelve al seno de la Iglesia  
nuestra madre.

PACO. Pues lo dicho:  
fortuna y vida os entrego,  
disponed á vuestro arbitrio.

ANSELMO. Gracias Paco. Buena prueba  
te doy de lo que te estimo;  
esta noche... (Señalando la casa.)

PACO. ¿Pero estais  
cierto que es él?

ANSELMO. Segurísimo.  
Aunque le daban por muerto  
ocultarse no ha podido  
á nuestras pesquisas.

PACO. Mas...  
en ese estado afflictivo...

ANSELMO. Apariencias. No conoces  
lo que es el mundo.

PACO. Yo...

ANSELMO. Chito.

MARIC. (Saliendo con los dos refrescos.)

Aquí teneis el refresco.  
Agua de limon con vino.

ANSELMO. (Dándole una moneda.)  
Toma y cobra.

MARIC. Voy á daros  
lo que sobra.

ANSELMO. No es preciso.  
Dáselo como limosna  
á ese pobre, á ese mendigo  
que tienes en casa.

- MARIC. Bueno,  
se lo daré, aunque maldito  
si le precisa.
- ANSELMO. (Aparte á Paco.) ¡Oyes?
- PACO. (Idem á Don Anselmo.) Sí.
- MARIC. Para qué mejor alivio  
que su hija, que es un tesoro  
con su voz y su palmito.
- ANSELMO. Bien dices, tiene esa jóven  
un aire tan distinguido,  
y un trato tal, que cualquiera  
la tomara por...
- MARIC. De fijo.  
Cuántas damas de la córte  
quisieran tener su brío.
- ANSELMO. ¿Y el padre? Nada has notado  
de extraño? Ningun indicio?...
- MARIC. Sí, señor. Vaya, es un hombre  
de carácter muy altivo,  
y cuando pide un favor  
lo hace con un despotismo...  
es decir, con un imperio...
- ANSELMO. ¿Y qué gentes han venido  
á visitarle?
- MARIC. Hasta el dia  
nadie, que sepa, le ha visto.
- ANSELMO. ¿Saldrá á deshoras?
- MARIC. Tan solo,  
desde hace un mes que aquí vino,  
salió una noche; que el pobre  
se encuentra tan enfermizo,  
que ha tenido que hacer cama  
hasta hoy.
- ANSELMO. Gracias, mucho estimo  
tu complacencia, y perdona  
si molesto...
- MARIC. ¿Quién ha dicho?...  
¿Molestarme por hablar?...

A nosotras, ya es sabido,  
nos sirve de distraccion  
murmurar con los amigos. (Váse.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ménos MARICUELA.

ANSELMO. Ya lo oyes, Paco; las señas  
son mortales.

PACO. Ya he oído...

ANSELMO. Amigo del de Pombal  
queria, como él, lo mismo  
que del lusitano reino,  
arrancarnos el dominio  
de España. Más con ayuda  
de Dios, del rey conseguimos,  
á su advenimiento al trono,  
que desterrase al impío  
por traidor, y nos librara  
de un inminente peligro.  
Hízose á darlos creer  
que el marqués y sus adictos  
con Luis XV conspiraban  
para que el trono vacío,  
á la muerte de Fernando,  
fuera al de Parma, sumiso  
á la córte de Versalles.  
Mas si logra que benigno  
le escuche el rey, apoyado  
por Roda y el favorito,  
puede hacer revelaciones  
tan importantes, que en juicio  
se ponga nuestro poder.

PACO. Temeis...

ANSELMO. Nuestros enemigos  
no duermen, Paco, y es fuerza  
vivir también prevenidos.  
Calumnia sobre calumnia

corre en nuestro desprestigio  
desde el lance de Esquilache,  
y si estamos inactivos...

PACO. Dios no lo quiera. Esta noche  
conjuramos el peligro,  
y mañana...

ANSELMO. Sí, mañana...  
(¡Será mial)

PACO. Estad tranquilo.  
En cuanto á la niña...

ANSELMO. Esa...  
No olvides lo que te he dicho...  
Nos ha de servir de rehenes.  
Guardarla será preciso,  
hasta lograr que de grado  
secunde nuestros designios.

PACO. No alcanzo...

ANSELMO. Con más despacio;  
ya te explicaré... (La orquesta empieza á to-  
car piano y se oyen voces de alegría.)

PACO. Ese ruido...

ANSELMO, ¡Es ella!

PACO. ¿Quién?

ANSELMO, La mendiga  
del Manzanares. Buen título  
para una curiosa historia  
si sale á luz.

PACO. Yo os afirmo  
que no saldrá. Dios os guarde.

ANSELMO. El te conceda su auxilio, (Váse el Sr. Paco  
y D. Anselmo se sienta en una de las sillas de de-  
bajo del emparrado.)

### ESCENA VII.

DON ANSELMO, MARICUELA, la MENDIGA y coro general.  
(Todo el coro sale rodeando á la Mendiga que lleva un guitarrillo.)

#### Música.

MEND. Aquí está la Mendiga

del Manzanares.  
La que divierte al pueblo  
con sus cantares.

Paso me haced,

CORO. Corro, corro, muchachos.

ANSELMO. (Aparte.) ¡Qué hermosa es!

CORO. Cantadnos un romance  
bonito y nuevo.

MEND. Un romance morisco  
cantaros quiero.

I.

En una torre sombría  
de la alhambra de Granada,  
á quien el vulgo dió el nombre  
de torre de la Sultana,  
una mora seductora,  
esposa del rey Ab-dalla,  
al cristiano Fernan-Nuñez  
de esta manera le hablaba.

II.

Huyamos juntos  
de esta morada;  
quiero en Castilla  
vivir mejor.  
Allí, cristiano  
de tez rosada,  
la estrella brilla  
de nuestro amor.

—  
Por esa luna  
clara y serena,  
yo juro amarte  
con ciega fé.  
Y si es preciso  
ser nazarena  
para adorarte,  
yo lo seré.



III.

Un trueno entonces, la tormenta augura;  
huye la luna, reina el pavor!  
y ante la puerta de la torre oscura,  
surge una sombra, una vision!  
Es el rey moro que con férrea mano,  
y á su venganza poniendo fin,  
por la atalaya arroja al castellano  
que entre las breñas va á sucumbir.

IV.

Zoraida maldice al moro  
porque su bien le arrebató,  
y como el pobre cristiano  
se arroja desesperada.  
Desde entonces, á la torre  
donde sucedió tal drama,  
ha dado en llamarla el vulgo  
la torre de la Sultana.

CORO.

¡Ay, qué bonito!  
lindo cantar,  
un papelito  
voy á comprar.  
Quiero, leyendo  
con detencion,  
ver si me aprendo  
la relacion.

**Hablado.**

UNOS. Bonito romance  
OTROS. Mejor es su voz.  
ANSELMO. (¡Su acento en mi pecho  
el fuego avivó!)  
MEND. Compradme unos cuantos,  
baratos los doy.

UNOS. A mí.  
UNO. Yo quiero uno.  
OTROS. Yo dos.  
OTROS. Yo otros dos. (Váse el coro, repitiendo: ¡Ay, qué bonito! etc.)

ESCENA VIII.

DON ANSELMO y la MENDIGA.

Música.

ANSELMO. ¿A dónde va la niña (Al ver que la Mendiga va á retirarse.)  
tan presurosa?

MEND. A llevar á mi padre  
estas limosnas.

ANSELMO. Si un momento quisieras  
oir mi voz...

MEND. ¿En qué puedo serviros?  
Dispuesta estoy.

Los DOS.

ANSELMO. El placer me enloquece,  
solo al mirar  
su gentil apostura,  
su hermosa faz.  
Juro á Luzbel,  
que marquesa ó mendiga  
mia ha de ser.

MEND. Yo no sé qué recelo  
siento al mirar  
su presencia importuna,  
su extraña faz.  
Doquier que voy,  
á mi paso me encuentro  
á este señor.

ANSELMO. Si brocados y joyas sin cuento,  
deseas lucir,  
cuanto anhele tu afan, al momento  
podrás conseguir.

Una frase, hechicera doncella,  
pronuncia, no más,  
y en la córte de España, la estrella  
y envidia serás.

MEND. Yo no os comprendo,  
más claro sed.

ANSELMO. Pues oye entonces,  
lo voy á ser.

Hay un hombre, hermosa Elvira,  
que á tu sombra unido va,  
que por tí pena y suspira,  
que por tí sin vida está.  
Por doquier tus pasos sigue,  
y es tan grande su pasion,  
que tu imágen le persigue  
áun estando en la oracion.

MEND. (¡Es mi estudiante,  
no hay que dudar.

Por él tan solo  
me quiere hablar!)

ANSELMO. Mas ten en cuenta  
que tu desden  
trueca en infierno  
todo ese edem.

MEND. (Su rudo acento  
me lastimó.)

ANSELMO. Ya entre mis redes  
por fin cayó.

MEND. ¿Quién es ese hombre?  
Decidlo, pues.

ANSELMO. Postrado, Elvira,  
se halla á tus piés. (Se arrodilla y ella se  
aparta.)

MEND. ¡Es él, Dios santo!

ANSELMO. Yo soy...

MEND. ¡Callad! (Rechazándole.)

ANSELMO. ¡Una esperanza!...

MEND.            ¡Jamás! ¡Jamás!  
Alzad del suelo,  
que vuestro amor  
me causa espanto,  
me dá pavor!

Los dos.

ANSELMO.       Si humillada á tus plantas  
hoy se ve mi altivez,  
yo te juro que horrible  
mi venganza ha de ser.  
¡Ay de aquel que insensato  
mi rencor provocó!  
¡Ay de tí, pobre loca,  
que desprecias mi amor!

MEND.            (Su espantosa amenaza  
atormenta mi sér,  
y en sus ojos el ódio  
reflejado se ve.) (D. Anselmo se acerca á ella  
y la coje del brazo.)  
Apartaos, dejadme,  
y tened compasion  
de esta débil mendiga  
que jamás os faltó.

Hablado.

ANSELMO.       Es decir que de ese modo  
mi esperanza haces pedazos.  
Por última vez Elvira...

MEND.            Idos ya, señor hidalgo.

ANSELMO.       Escucha.

MEND.            Mi padre espera.

ANSELMO.       Teme mi enojo.

MEND.            Es en vano.

Vuestros enojos desprecio  
igual que vuestros halagos.

ANSELMO.       ¿Quién osará pobre niña  
contra mí prestarte amparo?

MEND. (Corriendo á la puerta izquierda donde se presenta el marqués.)

Mi padre.

ANSELMO. (¡El marqués!)

MARQUÉS. Elvira

á solas necesitamos  
hablar los dos.

MEND. ¡Padre mio!

MARQUÉS. Déjanos.

ELVIRA. No sé qué extraño

temor mi pecho acongoja

y á solas siento dejarlos.

(La mendiga va á volver y el marqués la hace seña de que se vaya.)

Más...

### ESCENA IX.

EL MARQUÉS, DON ANSELMO.

MARQUÉS. (Después de una pausa.)

Ya estareis satisfecho,

¿no es verdad? ¿Os causa espanto  
mi presencia?

ANSELMO. ¿A mí, por qué?

No os conozco buen anciano.

MARQUÉS. Haceis bien, que ante la víctima  
siempre tembló el acusado.

ANSELMO. Ved lo que hablais.

MARQUÉS. D. Anselmo

ya el disimulo es en vano.

Pronto olvidais las infamias.

ANSELMO. ¡Señor marqués!

MARQUÉS. Y es extraño

porque aún recordais el título

que vos hace algunos años

manchásteis con la calumnia

por los vuestros secundado.

ANSELMO. ¿Con la calumnia?

MARQUÉS. Qué es, pues,

lo que al monarca dió pábulo  
para que tan de improviso  
me retirase irritado  
su favor? ¡Cuál fué la causa  
de mi destierro? Sepamos.

ANSELMO. Las mismas maquinaciones  
que contra mis partidarios  
pusisteis en juego vos  
para lograr despojarnos  
del saludable ascendiente  
que cerca del rey gozábamos.  
Pero triunfó nuestra causa;  
á oídos del soberano  
llegaron vuestras perfidias,  
y el justo y prudente Cárlos  
merced nos hizo á los buenos  
y castigó á los malvados.

MARQUÉS. ¡Malvados, decís?

ANSELMO. Si á fé.

Cuando pelean dos bandos  
el vencido es el traidor,  
leal el afortunado.

MARQUÉS. Razon teneis en verdad;  
más por suerte está cercano  
el dia de las justicias;  
para ese dia os emplazo.

ANSELMO. No temo vuestra amenaza;  
tengo en la córte sobrado  
poder para defenderme  
de cuanto podais incauto  
tramar contra mí.

MARQUÉS. Quién sabe

ANSELMO. Si os atreveis, intentarlo,  
hablar al rey en buen hora,  
no me opondré á vuestro paso.

MARQUÉS. Eso es mi único deseo  
y hoy he de verlo logrado.

ANSELMO. ¡Sabeis quizá si el monarca

querrá ver al desterrado?  
Al que por traidor...

MARQUÉS. ¡Infame!

ANSELMO. Tened calma y ved despacio  
si hay medio de que los dos  
entendernos consigamos.  
Yo estoy pronto á devolveros  
el favor que tantos años  
gozásteis cerca del rey,  
vuestros bienes confiscados,  
nombre, estimacion, poder,  
todo, en fin, si vos en cambio  
la mano me concedéis  
de vuestra hija, á quien amo.

MARQUÉS. ¿Cómo? ¿Qué decís? Yo unirla  
al infame y desalmado  
causa de vuestras desgracias?...

ANSELMO. ¡Marqués!

MARQUÉS. Sellad vuestro lábio,  
que mi rostro se enrojece  
de vergüenza al escucharos.

ANSELMO. Pensadlo bien.

MARQUÉS. ¡Miserable!

Si mi honor acrisolado,  
si el porvenir de mi Elvira,  
que es todo lo que más amo,  
pendieran de vos tan solo,  
renunciaria á lograrlo,  
que mal puede dar honor  
el que ni es noble, ni honrado.

ANSELMO. ¿Es esa vuestra respuesta?

MARQUÉS. Otra más pudiera daros.

ANSELMO. No se hará esperar la mia.

MARQUÉS. Ay de vos, si logro al cabo  
ver al rey. Seré inclemente  
como habeis sido inhumano.

ANSELMO. Pues lo anhelais, no haya tregua  
y que Dios nos juzgue á entrambos.

MARQUÉS En él confío!

ANSELMO. (Desde el foro.) (Ah! marqués,  
ya tu sentencia has dictado.) (Váse.)

MARQUÉS. Todo lo temo de este hombre  
por infame y reprobado  
que sea. Mañana mismo  
iré sin falta á Palacio,  
pues la menor dilacion  
pudiera costarme acaso  
perder en un solo dia  
el fruto de tantos años.  
Si el rey me escucha, las pruebas  
que de mi inocencia guardo  
le harán ver quién de los dos  
fué traidor, y quién honrado.  
(Váse por el Merendero.)

ESCENA X.

EL CONDE ARANDA embozado y ANTONIO.

ANTONIO. Con que decís que es allí?

CONDE. Allí al menos penetró.

ANTONIO. Pero no temeis...

CONDE. Yo, no.

ANTONIO. Estais decidido?

CONDE. Sí.

ANTONIO. La habeis hablado?

CONDE. Una vez.

ANTONIO. Sabe quién sois?

CONDE. Un amante.

ANTONIO. Pero... conde?

CONDE. No, estudiante.

ANTONIO. Bien ideado, pardiez.  
Y lo creyó?

CONDE. Claro está.

ANTONIO. Qué tal su conversacion?

CONDE. No hay sensible corazon  
que á su voz resista.



ANTONIO. Bah.  
Hablais como enamorado.  
CONDE. Ella sale.  
ANTONIO. Hola, es aquella.  
CONDE. Precisamente.  
ANTONIO. Muy bella.  
Nada habeis exagerado.  
CONDE. Retírate, quiero hablarla.  
La serenata?..  
ANTONIO. No hay miedo  
que os falte, pues que yo quedo  
señor conde en prepararla.  
CONDE. Mucho Antonio fio en vos.  
ANTONIO. Complacido quedareis.  
CONDE. A la oracion, ya sabeis.  
ANTONIO. No os faltará. Adios.  
CONDE. Adios.  
(Váse Antonio.)

## ESCENA XI.

EL CONDE, LA MENDIGÁ y MARICUELA.

MARIC. En tanto que ausente esté  
vos cuidareis de la casa.  
MEND. Id tranquila.  
MARIC. El tiempo pasa.  
Adios, pronto volveré.  
CONDE. Una palabra.  
MEND. (¡El aquí!)

MARIC. (¡Qué veo! ¡Nuestro estudiante!)

MEND. Perdonad si en este instante...  
(Queriendo retirarse. El conde la detiene con la accion.)

CONDE. No me abandoneis así  
sin escucharme un momento.  
MEND. Es que...  
CONDE. ¡Hacedme ese favor,  
os lo ruego!

MARIC. (Pues señor,  
el onceno mandamiento  
dicen que es el no estorbar.  
y yo...

MEND. (A María.) ¿Te vas?

MARIC. ¿Qué he de hacer?  
Ya es hora de recojer  
la ropa puesta á secar. (Váse por el foro de-  
recha.)

## ESCENA XII.

EL CONDE y MENDIGA.

### Música.

---

(La Mendiga con la vista fija en el suelo permanece casi de espaldas  
al Conde. Este se acerca á ella.)

CONDE. Si merece un estudiante  
aspirar á vuestro amor,  
yo seré fiel y constante  
vuestro ciego adorador.  
En mi pecho eternamente  
vuestra imágen vivirá,  
y si vos sois consecuente,  
¡qué mayor felicidad!

Niña hechicera,  
niña gentil,  
por qué los ojos  
bajais así.

Miradme, al ménos  
que os vea yo,  
y más benévola  
sed con mi amor.

---

MEND. No merece una mendiga  
escuchar tan grato amor,  
y eso es más lo que me obliga  
á mostraros tal temor.

En la córte, y á millares,  
fácilmente encontrareis  
lo que aquí en el Manzanares,  
buen hidalgo, no hallareis.

A la Mendiga  
dejad en paz,  
y á otras hermosas  
galantead.  
¡Yo, mientras tanto,  
pobre de mí,  
con mis cantares  
seré feliz!

CONDE. (Acercándose á ella y aumentando su apasionado acento por momentos.)

¡Puro amor mi pecho inflama,  
roba mi paz!

¡Nunca en mí su hermosa llama  
se extinguirá!

Solo en tí, por quien deliro  
cifro mi bien.

¡Solo en tí mi dicha miro,  
miro mi Edém! (La coje la mano y en ella es-  
tampa un beso. Elvira se sobrecoje, y despues de  
una pequeña pausa, dice con dulzura y como sin-  
tiendo el amor por primera vez:)

MEND.

¿Qué nuevo encanto  
mi corazon hace latir?

¿Qué dulce llanto  
lucha en mis ojos por salir?

¡El alma entera  
en ese beso me robó!

¡Por vez primera  
no sé, no sé qué siento yo!

CONDE.

¡Eso es amor!

MEND.

¿Amor, decís?

Entonces...

CONDE.

¿Qué?

MEND.

¡Os amo, sí!

**Hablado.**

—

CONDE.            ¡Bien haya, niña hechicera,  
la alegría que has causado  
á mi pecho enamorado  
con tu confesion sincera!  
¡Bien haya la suerte pura  
que une al tuyo mi destino,  
mostrándome así el camino  
de mi soñada ventura!  
Y pues tus palabras son  
hijas de ese sentimiento  
que brota con ardimiento  
de tu hermoso corazon,  
¡de amor en un lazo estrecho  
por toda la vida unidos;  
respondan á mis latidos  
los latidos de tu pecho!

(Al ir á abrazarla, Elvira retrocede.)

MEND.            Despacio, seor estudiante,  
despacio y oidme bien,  
que aunque á mi modo, tambien  
quiero hablaros un instante.  
Si es verdad que con ardor  
tan inmenso amor sentís,  
y por ese amor vivís  
y soñais con ese amor;  
si es verdad que él os obliga  
á mi destino á acercaros  
y no temeis enlazaros  
á una mísera mendiga,  
fácil ocasion teneis,  
y otra mejor no se alcanza  
de cifrar vuestra esperanza,  
de lograr lo que quereis.  
Connigo vive el anciano  
á quien debo la existencia;

habladle con insistencia  
y obtendreis al fin mi mano.  
Pues él, que le pide á Dios  
mi dicha, os escuchará,  
y obstáculos no pondrá  
para que me una con vos.  
Siendo así, con gran placer  
á adoraros me acomodo,  
caballero. De otro modo  
no me volvereis á ver.  
Que aunque amor mi pecho inflama  
y de mí lo habeis oido,  
yo sabré con el olvido  
apagar su inmensa llama.  
Con que pensadlo bastante,  
y adios, no os quiero cansar,  
pues no tengo más que bablar.  
¡Guarde Dios al estudiante!  
(Váse por el merendero.)

### ESCENA XIII.

EL CONDE solo.

¡Que á su padre vaya á hablar!  
¡Oh, no, imposible, ay de mí!  
¡Pero cómo renunciar  
á su amor? ¡Cómo apagar  
el volcan que ruje aquí?  
De mi inaudita falsía  
ya los resultados toco,  
pues el deseo de un dia  
sentir ha hecho al alma mia  
un amor inmenso y loco.  
La oculté, ansiando el placer,  
mi nombre y mi posicion,  
y hoy... Mas ya sé lo que hacer.  
Sí tal. Poco he de poder

ó he de colmar mi ambicion.

(Váse por la izquierda.)

ESCENA XIV.

PACO, dos embozados y luego FRAY VALENTIN.

(Pausa. Se queda la escena sola y va oscureciendo. Se oye el toque de oraciones y un silbido. Paco embozado sale por detrás del mendero, y dos embozados por la derecha arriba, al mismo tiempo; aquél les indica la casa y éstos entran en ella. Paco se esconde detrás del cobertizo. Música, piano en la orquesta.)

PACO. Vamos, no hay que perder tiempo.

(Los embozados entran en la casa; enseguida se oye un tiro y voces de Elvira y el marqués.)

MEND. (Dentro.) ¡Socorro! ¡Favor!

MARQUÉS. (Ídem.) ¡Infames! (Tiro.)

FRAY VAL. (Sale por la derecha arriba, al mismo tiempo que los dos embozados salen de la casa llevando á la mendiga desmayada.)

Jesús, María y José.

¿Se armó ya el motin? A escape á mi convento me vuelvo no vayan á liquidarme.

Démonos prisa. (Al llegar al centro de la escena tropieza con los que llevan á la mendiga, y se asusta. Paco embozado se acerca á Fray Valentin, y arrojándole al suelo le dice lo que sigue.)  
¡Uf!

PACO. Silencio,

ó hay de vos. (Desaparece enseguida.)

FRAY VAL. ¡San Cucufate

y todo el martirologio me valga!

MARQUÉS. (Dentro.) ¿No hay quien me ampare?

FRAY VAL. ¿Eh? ¿qué he escuchado?

MARQUÉS. (Dentro.) ¡Favor!

FRAY VAL. (Levantándose.) Por allí creo que sale la voz. ¿No es de Maricuela?

CORRAMOS. (Al acercarse á la puerta del merendero, el marqués aparece en ella y cae casi desfallecido en los brazos de Fray Valentin.)

MARQUÉS. (Saliendo.) ¡Socorro!

FRAY VAL. Calle,  
pues si es el mendigo.

ESCENA XV.

FRAY VALENTIN, EL MARQUÉS, luego alcalde, alguaciles, estudiantes, lavanderas y MARIQUELA.

MARQUÉS. ¡Mi hija!

¡Se la llevan... los infames!

FRAY VAL. ¡Dios mio! ¡Este hombre se muere!  
Está herido, ¡Uy, cuánta sangre!  
¡Socorro!

MARQUÉS. No, no llameis,  
porque... llegarían... tarde...  
Voy... á morir...

FRAY VAL. ¡Pobre hombre!

MARQUÉS. Oid un momento padre!  
(Mete la mano en su pecho y saca una cartera con papeles que entrega á Fray Valentin.)  
Tomad, buscad á mi hija,  
á mi Elvira... y entregadle...  
esos... papeles.. Hacedlo  
por... el Dios... que va... á juzgarme.  
(Cae muerto en brazos de Fray Valentin.)

FRAY VAL. ¡Muerto! El cielo le perdone  
y á mí no me desampare.

ALGUACILES. Por aquí ha sonado el tiro.  
Un hombre muerto.

(Acercándose todos con las linternas y examinando al marqués que está en brazos de Fray Valentin.)

FRAY VAL. ¡Gran Dios!

CANTO.

ESTUDIANTES. (Que salen en tropel con las guitarras y hachones encendidos, seguidos de las lavanderas y Mariquilla.) Adelante, camaradas.

ALGUACIL 1.<sup>o</sup> Silencio todos.

TODOS. Chiton.

ALGUACIL 1.<sup>o</sup> En nombre de la ley  
sed preso. (Dirigiéndose á Fray Valentin.)

FRAY VAL. ¿Yo?

ALGUACILES. Sí tal.

Vos sois el asesino.

Vos sois el criminal.

FRAY VAL. ¿Yo el criminal? ¡Dios mio!

MARIC. ¡Ay, pobre Valentin!

FRAY VAL. Ya puedes Maricuela  
rezar á Dios por mí.

(Todos se adelantan y rodean á la ronda cubriendo  
el cuerpo del marqués, que le habrán dejado en  
una silla.)

MARIC. LAVANDS. Fray Valentin  
ser criminal  
no puede ser,  
tened piedad,  
capaz no es  
de tal accion;  
dejadle, pues,  
por compasion.

ALGUACILES. Vos sois el vil  
y el criminal,  
preso venid,  
no habrá piedad,  
silencio, pues,  
chiton, chiton,  
porque será  
si no peor.

FRAY VAL. Pobre de mí,  
yo el criminal,  
no puede ser,  
tened piedad;  
capaz no soy  
de tal accion,  
dejadme, pues,  
por compasion.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Calle. Al foro derecha el palacio Real.—En primer término izquierda una casa practicable, abierta al frente del público y con dos pisos, bajo y principal. En el bajo, y á la derecha, una puerta que da á la plaza; á la izquierda en segundo término una puerta que da á la cocina; en primer término la escalera que sube al principal. Al foro un mostrador con jarras y vasos. Junto al mostrador la bajada á la cueva y cerrada por una trampa. Mesas y banquetas. En el principal, ventana á la derecha y dos puertas á la izquierda. Al foro una mesa, y sobre ella una vírgen alumbrada con una lamparilla. A la derecha un velador.

### ESCENA PRIMERA.

Coro general de Estudiantes y Pueblo, luego embozados y PACO. Al levantarse el telon se oyen los últimos acordes de la marcha Real y todo el coro vitorea al rey.

#### Música.

---

CORO. Viva, viva el soberano,  
viva el rey, viva años mil,  
ya en la villa le tenemos,  
ya llegó, ya llegó aquí.  
Bien venido entre nosotros  
sea al fin Su Majestad,  
bendigamos el momento  
de tan gran felicidad. (Sedividen para murmurar en dos grupos, uno de mujeres y otro de hombres.)

ELLAS. Algo grave sucede en la córte,

algo pasa de fijo en Madrid,  
cuando el rey á volver se decide,  
cuando el Pardo abandona por fin.  
Qué será, nadie sabe la causa;  
qué será, nadie acierta á explicar;  
qué será lo que ocurre, Dios mio,  
qué será, qué será, qué será.

ESTUD. La causa de esto  
quereis saber.

TODOS. Decidlo al punto  
si lo sabeis.

ESTUD. Oid atentos,  
pero callad,  
que son asuntos  
de gravedad.

I.

El dejar el Pardo  
con premura tal,  
tiene por objeto...  
no quedarse allá.

TODOS. ¡Ya, ya!

ESTUD. Dicen que la cosa  
sube de color,  
y el Pardo se ha vuelto...  
todo almazarron.

TODOS. ¡Oh! ¡Oh!

ESTUD. Por calles y plazas  
se murmura ya,  
que los descontentos...  
contentos no están.

TODOS. ¡Ya, ya!

ESTUD. Y hay quien asegura  
que esto va peor  
desde que á Esquilache  
se le trasquiló.

TODOS. ¡Oh! ¡Oh!

ESTUD. Se dice en la calle

se cuenta en la plaza,  
que acaso amenaza  
un nuevo motin.  
Se ignora el motivo  
de tal aventura,  
pero hay quien murmura  
que estalla por fin.

TODOS. ¡Qué situacion!  
Pobre país,  
su perdition  
está en un tris.

II.

ESTUD. Dicen que la córte  
descontenta está,  
y que los ministros  
administran mal.

TODOS. ¡Ya, ya!

ESTUD. No se sabe cuándo,  
pero hay su temor  
de que estalle alguna  
gran revolucion.

TODOS. ¡Oh! ¡Oh!  
Se dice en la calle, etc.. etc.

**Hablado.**

---

ESTUDTS. Viva el rey.  
ANTONIO. Y viva Aranda.

TODOS. ¡Vivan!

ANTONIO. Basta de jolgorio  
y entusiasmo, que los grupos  
son hoy dia sospechosos. (Dos embozados  
entran en la taberna al mismo tiempo que Paco  
sale á ella.)

EMBOZ. 1.<sup>o</sup> Hola, Paco.

PACO. Bien venidos.

ANTONIO. Cada cual á sus negocios.  
Aquí la gente de letras.

PACO. (A los embozados que se han sentado, y poniendo en la mesa un jarro y dos vasos.)  
vaya un trago.

EMBOZ. 1.<sup>o</sup> No me opongo  
y si es del bueno...

PACO. Se entiende,  
de lo que bebo yo propio.

ANTONIO. Ea, en marcha, compañeros,  
á reforzar los estómagos.  
La ciencia no está reñida  
con el sustento precioso  
de la salud. Al contrario,  
son hermanas para todo.  
Sin salud no existe ciencia,  
y sin ciencia nada somos.  
Con que á la sopa.

ESTUDIANTES. ¡A la sopa!

ANTONIO. *Qui non manducat est mortus.*  
(Vánse todos en tropel, quedándose Antonio el último. Al mismo tiempo el conde de Aranda sale por el foro con varios cortesanos, de los cuales se despide y se van. Repara en Antonio y le detiene al marcharse.)

## ESCENA II.

EL CONDE, ANTONIO, Embozados y luego PACO. Despues la MENDIGA.

CONDE. Un momento.

ANTONIO. ¡Quién! ¿Qué miro?  
Señor conde.

CONDE. El mismo, Antonio.

ANTONIO. ¿Sabeis ya de la Mendiga?

CONDE. Ni palabra; ¿y vos?

ANTONIO. Tampoco.  
Por más que estoy desde el lance  
sin un punto de reposo.  
Nada he logrado, pardiez.

CONDE. Hay para volverse loco.

ANTONIO. ¿Tanto la amais?

CONDE.

Qué os diria  
cuando yo mismo lo ignoro.  
No sé si es vivo interés  
ó si es afecto amoroso  
lo que por esa Mendiga  
siento de mi alma en el fondo.  
Nada más podré deciros  
que lo que ayer era solo  
dulce deseo ignorado,  
hoy que su pérdida lloro  
el corazon me desgarran  
unos celos espantosos.

ANTONIO.

¿Vuestra gente?...

CONDE.

Sus pesquisas

(Paco en este momento sale á la taberna con un  
velon encendido, una bandeja con mantel, cubier-  
to y dos platos de manjares, y sube al principal,  
donde pondrá la mesa despues de haber cerrado la  
ventana con un candado.)

y celo son infructuosos.

Cubre densa catarata  
de la justicia los ojos,  
y como el ciego, camina  
sin saber dónde ni cómo.

ANTONIO.

Yo no atino...

CONDE.

Hay algo extraño  
de este crimen en el fondo,  
que con otros se eslabona  
y se pierde cual los otros.

ANTONIO.

¿Sospechais?...

CONDE.

No son sospechas  
ni son indicios tampoco;  
son señales evidentes  
de un poder oculto, sordo,  
que entre sombras se rebulle  
y nos mina poco á poco.

(Paco abre la puerta segunda de la izquierda, y  
entra despues de haber puesto la mesa.)

ANTONIO.

Pero la ley...

CONDE.

¿Y qué puede  
su desvelo generoso  
si una sociedad cobarde  
le niega su luz y apoyo.

(Elvira sale apoyada en el brazo de Paco y va á sentarse á la derecha.)

PACO.

Vamos, ánimo; ya basta  
de suspiros y sollozos,  
y á recobrar, pues, las fuerzas  
que el almuerzo es sustancioso.

MEND.

¡Dios mio, tened piedad  
de esta infeliz!

PACO.

¡Qué demonios!  
No es el caso para tanto,  
ni estais en un calabozo.

MEND.

¿Qué os hizo esta desgraciada  
para arrancarla alevosos  
de los brazos de un anciano,  
de un padre?

PACO.

(¡Vaya un responso!)

MEND.

Ved, señor, mi amargo llanto,  
miradme ante vos de hinojos.  
No permitais que el dolor  
corte el aliento precioso  
de su vida, que es mi vida,  
mi único afan, mi bien solo.

PACO.

¡Qué diantre! basta de ruegos,  
yo os aseguro que pronto...

MEND.

¡Ah, señor! (Queriendo besarle la mano.)

PACO.

¿Qué haceis? Dejaos  
de gracias y requilorios.  
Ahí teneis eso, hasta luego,  
(Si aquí sigo no respondo.) (Enternecido.)  
(Sale de la habitacion cerrando la puerta de la sala,  
y se oye el ruido que hace la llave. La Mendiga  
permanece sentada.)

CONDE.

(Que durante este último diálogo habrá estado hablando con el estudiante.)

- Cuento con vuestra adhesión.
- ANTONIO. Disponed á vuestro antojo conde.
- CONDE. Gracias. Ahora espero de vos me digáis el modo de pagar tantos servicios y tantos favores.
- ANTONIO. ¿Cómo?
- Con vuestra amistad, pagado quedo con exceso en todo.
- CONDE. Lo comprendo, que aunque pobre sois hidalgo y orgulloso.
- ANTONIO. Títulos que no cambiara sino por los vuestros solo, que á los míos añadís el talento y el arrojo. Quedad con Dios, señor conde.
- CONDE. El os guarde, amigo Antonio. (Váse el estudiante. Paco con un bolso grande lleno de dinero sale á la taberna. La música empieza piano.)
- EMBO. 1.º Y bien Paco. ¿Habrás quedado satisfecho de nosotros?
- PACO. Y si acaso lo dudáis tomad y contad. (Arroja el bolsillo sobre la mesa, el cual se abre y deja caer el dinero.)
- EMBOZADOS. ¡Cuánto oro!
- La Mendiga en el principal se prostra ante la virgen y ora. Los embozados cuentan el dinero y le reparten. El conde reflexiona.)

**Música.**

- CONDE. ¿Por qué en mi pecho,  
muerto hasta hoy,  
brota la llama  
de ciego amor?  
Si fué un deseo  
lo que sentí,  
¿por qué su ausencia

me aqueja así?

MENDIGA.

MEND. Virgen piadosa,  
reina del cielo,  
sé mi consuelo,  
mi amparo sé.  
Si hasta tu trono  
mi ruego alcanza,  
una esperanza  
concedemé.

EMBOZS. Qué fortuna,  
qué tesoro;  
no es el oro  
vil metal.  
Repartamos  
mi buen sócio,  
que es negocio  
colosal.

LOS TRES.

CONDE. Aquella dulce esperanza  
que el alma mia soñó,  
aquella dicha y bonanza  
despareció.  
Su imágen encantadora  
que tengo gravada aquí,  
y aquella voz seductora  
huyó de mí.

MEND. Virgen piadosa, etc.

EMBOZS. Qué fortuna, etc.

(Concluida la música los embozados salen de la taberna y desaparecen. La Mendiga queda arrodillada delante de la virgen.)

ESCENA III.

DICHOS y D. ANSELMO por la izquierda.

**Hablado.**

CONDE. (Al marcharse ve salir á D. Anselmo y se detiene.  
(¡D. Anselmo!)



- ANSELMO. (¡Aranda aquí!)  
Señor conde, guárdeos Dios. (Haciéndole una profunda cortesía.)
- CONDE. A vos tambien. (Y de vos me guarde de paso á mí!)
- ANSELMO. ¡Mucho madrugais!...
- CONDE. Pardiez,  
motivos tengo.
- ANSELMO. Sin duda;  
pues dicen que Dios ayuda al que madruga.
- CONDE. Tal vez.  
Y vos no andais perezoso tampoco.
- ANSELMO. Curiosidad  
de ver á Su Majestad.
- CONDE. ¡Sois leal!
- ANSELMO. Y algo curioso.  
¿Ese viaje inesperado del rey?
- CONDE. Ignoro su objeto.
- ANSELMO. Perdonadme si indiscreto...  
mas temí que un atentado...
- CONDE. ¿Contra el rey?
- ANSELMO. O contra vos.
- CONDE. Lo tengo todo previsto  
y estoy seguro...
- ANSELMO. No insisto...
- CONDE. Dios os guarde.
- ANSELMO. Guárdeos Dios.
- CONDE. (Vivamos alerta, conde,  
que es delito el abandono.) (Váse.)
- ANSELMO. (Hoy estás cerca del trono;  
mañana Dios sabe dónde.) (Entra en la taberna.)

ESCENA IV.

D. ANSELMO y PACO en la taberna, ELVIRA en el principal

PACO. ¿Vos aquí?

ANSELMO.

Estaba impaciente  
por verte.

PACO.

¿Ocurre algo grave?  
¿Se teme acaso?...

ANSELMO.

¿Quién sabe!  
¿Has avisado á la gente?

PACO.

Como en otras ocasiones.

ANSELMO.

Muy pronto, á lo que imagino,  
traerán del Padre Rufino  
un pliego con instrucciones.  
Recíbelo tú advertido,  
si ausente me hallara yo.

PACO.

¿Espera respuesta?

ANSELMO.

No.  
Ya es asunto convenido.

PACO.

¿Vais á salir?

ANSELMO.

Quizás luego.

PACO.

Pensé que ahora.

ANSELMO.

No tal.  
¿Y la prisionera?

PACO.

Mal.  
¿Sin un punto de sosiego!  
Toda la noche ha pasado  
entre rezar y gemir.

ANSELMO.

No dice...

PACO.

¿Qué ha de decir!  
Lamentarse de su estado.  
Apenas volvió del susto,  
dónde estaba preguntó;  
pero la pobre calló  
al ver mi silencio adusto.  
No piensa más que en llorar;  
y si se calma un momento,  
es para cobrar aliento  
y vuelve luego á empezar;  
de tal suerte, que su llanto,  
la verdad, me ha enternecido,  
y estoy casi arrepentido...

- Yo no sirvo para tanto.
- ANSELMO. ¡Todo es por ella! Confía  
en nuestra causa.
- PACO. Bien, pero...
- ANSELMO. Su triunfo es cierto.!
- PACO. Lo espero.
- ANSELMO. Y cesará su agonía.  
Quiero verla.
- PACO. Si gustais,  
la llave dejé en la puerta.
- ANSELMO. Está bien; tú ponte alerta  
por si el pliego...
- PACO. No temais.
- ANSELMO. (Este nécio, sin querer  
me ayuda en mi doble empresa.)
- PACO. (¡Pobre mujer!)
- ANSELMO. (¡Ah! Marquesa,  
ya te tengo en mi poder.) (Sube por la es-  
calera de la taberna.)
- PACO. Rabiando estoy por salir  
de este complicado lance,  
pues temo que algun percance  
darnos pueda que sentir.

ESCENA V.

D. ANSELMO y ELVIRA, luego PACO y un hombre.

- ANSELMO. Dios os guarde.
- MEND. ¿Quién? Dios santo,  
¡vos aquí! No me engañaba  
mi dolor que os acusaba  
causa de mi acerbo llanto.
- ANSELMO. Injusta sois, en verdad,  
para maltratarme así,  
Elvira; yo vengo aquí  
á daros la libertad.  
Apenas llegué á saber  
tan terrible situacion...

MEND.                   ¿Qué decís?...

ANSELMO.                   Sin dilacion  
puse en juego mi poder.

MEND.                   ¡Dios mio!

ANSELMO.                   Y cuando gozoso  
llego por vuestra ventura,  
premiado con tal amargura  
mi proceder generoso. (En este momento  
un hombre entra en la taberna, da un pliego á Paco  
y se va.)

MEND.                   Oh! sí, sí, teneis razon,  
no mereceis tal ultraje;  
perdonad si mi lenguaje  
hirió vuestro corazon.  
Perdonad si de mi boca  
pudo una injuria salir;  
mas me sentia morir  
de pesar. Estaba loca.  
¡Sois bueno, y tendreis clemencia  
de mi buen padre! Ah, señor!  
Vamos, antes que el dolor  
le dé la muerte en mi ausencia.  
No consintais inhumano  
sucumba al dolor cruel;  
¡cómo no llorar por él  
si es mi padre y es anciano!  
Vamos, pues.

ANSELMO.                   ¡Calma!

MEND.                   Al momento  
llevadme con él. Partamos,  
caballero. ¿A qué esperamos?  
¿No veis mi horrible tormento?  
Tened piedad.

ANSELMO.                   Pronto, sí,  
que en ello cifro mi gusto;  
pero antes, Elvira, es justo  
que la tengais vos de mí!

MEND.                   ¡No os comprendo!



¿Quién?

PACO. (Dentro) Yo.

ANSELMO. ¡Es Paco!

El cielo le envía.

ANSELMO. Entrad allí sin tardanza.

MEND. Jamás.

ANSELMO. ¡Estoy en un potro!

(Se abre la puerta y sale Paco.)

MEND. (Yendo hácia la puerta.)

¡Ah, señor, piedad! ¡El otro!

Ya sí que no hay esperanza.

(Entra en el segundo término izquierda, y don Anselmo cierra con llave, dejándola puesta.)

## ESCENA VI.

DON ANSELMO Y PACO.

PACO. Pobrecita.

ANSELMO. Muy bien dices.

Tambien como á tí, su pena  
de sentimiento me llena.

Mas pronto, en dias felices  
se trocará y en contento  
su suerte, hasta ahora ingrata.

PACO. Dios quiera...

ANSELMO. Solo se trata  
de hacer que entre en un convento  
y de derecho obtengamos,  
con su renuncia despues,  
los bienes que del marqués  
hace tiempo disfrutamos.  
De esta manera consigo  
el bien de la comunión,  
y su eterna salvacion...  
(si no se casa conmigo.)

PACO. Aquí está el pliego, tomad.

ANSELMO. Ya me tenia impaciente.

PACO. En el sobre, dice, *urgente*.

ANSELMO. Pues abre y lee.

PACO.

Escuchad.

(Abre, y lee el pliego.)

«Hermanos míos: Esta noche, concluido el Rosario, os espero en este Noviciado para el triunfo de nuestra causa y gloria de Dios. Las puertas se abrirán á vuestro paso, al pronunciar estas palabras: Jesús, obediencia y fé.

Madrid, etc.»

ANSELMO.

No te olvides ni un instante de estas palabras.

PACO.

Ya sé.

ANSELMO.

Jesús, obediencia y fé.

Esto es lo más importante.

Solo al pronunciar sus nombres

franco hallareis el camino,

discrecion y mucho tino.

Repíteselo á tus hombres.

vuelve á leer.

PACO.

No es necesario;

que á memoria y voluntad

nadie me gana, en verdad.

Vereis despues del Rosario.

ANSELMO.

Mucho en tí fío, lo juro,

que buenas pruebas tenemos.

Pero en lance tal, debemos

caminar sobre seguro.

PACO.

Mandad, pues.

ANSELMO.

En tanto avisas

á los jefes de tu mando,

yo iré á mi vez avisando

á otras personas precisas.

No olvides ningun detalle;

recuerda que esté la gente

á una señal diligente

para lanzarse á la calle.

A todos pasa revista,

y nada omitas, por Dios.

PACO. Si quereis, entre los dos  
repasaremos la lista.

ESCENA VII.

DICHOS FRAY VALENTIN Y CORO DE SEÑORAS.

**Música.**

—

(Salen todas en tropel rodeando á Fray Valentin.)

CORO. Es el leguito  
Fray Valentin.  
Miradle, chicas,  
miradle aquí.  
La bien venida  
démosle ya,  
pues de golillas  
á salvo está.

FRAY VAL. Gracias hermanas  
por tal merced.  
Vaya una nube,  
cuánta mujer.  
Entre este sexo,  
no hay que dudar,  
tengo un partido  
fenomenal.

CORO. Lo que os pasó  
contadnos, pues,  
Fray Valentin,  
si lo sabeis.

FRAY VAL. De suerte tal,  
de tal horror.  
no sé decir  
quién fué el autor.

CORO. Pero sabreis  
cuanto á ese fin  
cerca de vos  
se dijo allí.

FRAY VAL. Muy poco oí,



muy poco fué;  
pero escuchad  
y os lo diré.

---

De ese lance misterioso  
yo de cierto nada sé:  
mas segun dice un golilla  
natural la muerte fué.  
Y eso amigas no me extraña,  
que en España, á no dudar,  
el morir de un trabucazo  
suele ser muy natural.

---

Fuéronse los criminales  
y me prendieron á mí;  
pero gracias á la suerte  
libre al cabo estoy aquí.  
A cualquiera se le ocurre  
al mirar un lance tal,  
que prender al inocente  
es tambien muy natural.  
A cualquiera se le ocurre, etc.

CORO.

FRAY VAL.

Secuestraron á la chica  
no sé cómo, ni por qué,  
la llevaron no sé dónde,  
sin saber cuándo ni quién.  
Pero activa la justicia  
con un tacto sin igual  
al momento ha averiguado  
que... no sabe dónde está.  
Y con este resultado  
tienen ya la conviccion  
de que al ver que no le encuentran  
se presentará el ladron.  
Estas cosas y otras cosas  
y otras muchas cosas más,  
todas son cosas de España

COORO. y este es cosa natural.  
Estas cosas y otras cosas  
y otras muchas cosas más, etc.

Hablado.

UNAS. Sea, pues, enhorabuena,  
OTRAS. Viva el lego!  
TODAS. ¡Viva!  
FRAY VAL. Hermanas,  
obrais cual buenas cristianas!  
UNA. Eso no vale la pena.  
OTRA. Si viérais cuánto sentíamos  
vuestra situacion...  
OTRAS. Pues no!  
FRAY VAL. Ay! no tanto como yo.  
UNA. Como que ya no creíamos  
veros por aquí.  
OTRAS. Es verdad.  
FRAY VAL. Yo tambien me llevé un susto  
muy regular, como es justo,  
al ver la inhumanidad  
de la gente alguacilesca,  
la cual en nada se atasca,  
pues en dándole la basca  
infeliz del que ella pesca.  
Ayer tuve el sentimiento  
de tenerla frente á frente,  
y os confieso francamente  
que no sentí gran contento;  
pues al escuchar su voz  
y al entrever su cariz  
olor me dió en la nariz  
de un desenlace feroz.  
Y perdido hubiera estado  
á no llegar en mi auxilio  
el bendito Fray Basilio,  
que es el que me ha libertado,

el cual con voz fervorosa  
y una sublime elocuencia  
patentizó mi inocencia  
de una manera asombrosa.  
¡Qué frases, qué alocuciones  
para llegar á sus fines,  
y qué sublimes latines,  
qué ejemplos y qué razones!  
En fin, de tal modo habló,  
con voz tan clara y potente,  
que la alguacilesca gente  
al buen Padre interrumpió,  
diciéndome en el momento  
frases que oí con placer:  
«Libre estais, podeis volver  
Fray Valentin al convento.»  
Lo que yo entonces sentia  
apenas decirlo puedo,  
pues ignoro si era miedo,  
ó recelo ó alegría.  
Solo hermanas os diré  
que veloz salí de allí  
y en el convento me ví,  
cuando ménos lo pensé,  
libre de tanta afliccion,  
mucho más tranquilizado  
y comiendo sosegado  
un buen trozo de jamon.

UNA VIEJA. Vaya hermano, y á pensar  
no volvais en ese lance.

(Ofreciéndole su caja de rapé.)

FRAY VAL. (Cogiendo un polvo.)  
Dios os libre de un percance  
tan horrible y singular.  
¿Es del bueno?

UNA VIEJA. Ya lo creo,  
filipino.

FRAY VAL. Siendo así...

- OTRA. Dadme un abrazo.
- OTRA. Otro á mí. (Le abrazan.)
- FRAY VAL. Mucho estimo ese deseo.
- UNA. Yo la mano á su mercé  
quiero besar. (Cogiéndole la mano donde tiene  
el rapé.)
- FRAY VAL. ¡Eh! levanta.
- UNA. (Estornudando al besársela y tirándole el polvo.)  
¡Achits!
- FRAY VAL. Dios te haga una santa.  
(Me ha dejado sin rapé.)
- UNA. Os dejamos.
- FRAY VAL. ¿Ya os marchais?
- UNA. A misa me voy que es tarde.
- FRAY VAL. Pues entonces, Dios os guarde,  
hermanas, no la perdaís.  
Los domingos muy justo és  
ir de la oracion en pos.  
Marchad y pedidle á Dios  
por vuestra alma.
- TODAS. Hasta despues.  
(Vánse todas.)

### ESCENA VIII.

DICHOS ménos el CORO.

- FRAY VAL. Pues señor, vamos á cuentas  
Valentin. Segun acaban  
de decirme nadie sabe  
donde la Mendiga se halla;  
por consiguiente, no puedo  
los papeles entregarla  
que al morir me dió su padre.  
Esta cartera los guarda.  
¿Qué será? Rabio por verlos  
y saber de lo que tratan...  
Pero no... la voluntad  
de un difunto es muy sagrada...  
y pudiera condenarme.

Pero, y si antes de encontrarla,  
por una casualidad  
á perdérseme llegaran.  
La cosa es séria, muy séria,  
y... ya siento con el alma  
ser yo... ¡Calla! Se me ocurre  
una idea soberana;  
sí, señor. A D. Anselmo  
que es tan bueno, y tiene un alma  
tan hermosa, voy á dárselos,  
y él hará, aunque la muchacha  
no parezca... (Va á marcharse y se detiene.)  
Pero, tate,  
y si no le hallo en su casa,  
¿dónde?... ¿Lo sabrá el tío Paco?  
Vamos á verlo. *Deo gracias.* (Entra en la  
taberna á tiempo que Dieguillo sale á ella.)

DIEG. Adelante.

FRAY VAL. ¡Hola Dieguillo!  
¿Y el tío Paco?

DIEG. Arriba se halla  
con D. Anselmo.

FRAY VAL. ¿Con él?...

Más apropósito... (Sube por la escalera del  
principal. D. Anselmo le da la lista á Paco, que  
se la guarda.)

ANSELMO. Guarda  
esa lista y no te olvides  
esta noche de llevarla.

PACO. Gente sube.

ANSELMO. Ve quién es.

PACO. Sin duda algun camarada  
que vendrá á recibir órdenes.

FRAY VAL. (Dentro.) *Deo gracias.*

LOS DOS. A Dios sean dadas.

ANSELMO. ¿Fray Valentin?

FRAY VAL. *Ego sum.*

Sabia que aquí os hallábais,

y como tengo que hablaros  
de un asunto de importancia,  
por eso he subido...

ANSELMO. Entiendo.

El padre Rufino os manda...  
Podeis hablar.

FRAY VAL. No, señor.

Absolutamente nada  
me ha dicho el padre Rufino  
para vos. Yo soy quien trata  
de pedir os un favor,  
y espero obtener la gracia  
de que me escucheis.

ANSELMO. Hablad.

FRAY VAL. Lo diré en cuatro palabras.  
No sé si sabreis que ayer,  
robaron á una muchacha,  
á quien todos la Mendiga  
del Manzanares llamaban.

ANSELMO. Algo creo haber oido...

PACO. (Sospechará...)

FRAY VAL. Pues la infamia  
no se reduce á eso solo.

ANSELMO. ¿Pasó algo más?

FRAY VAL. Ahí es nada.

Si asesinaron tambien  
á su padre...

ANSELMO. Horrible trama...

FRAY VAL. Justamente en ocasion  
que yo por allí pasaba.

ANSELMO. ¿Y visteis á los malvados?

FRAY VAL. Con ellos me dí de cara;  
pero uno me asió del brazo,  
y arrojándome á sus plantas,  
dijome fosco: «Silencio,  
ó hay de vos.» Creí llegada  
mi hora postrera, y calléme  
dejando que se marcharan.

- PACO. Mas, ¿les conocísteis?
- FRAY VAL. Nó.
- PACO. (Respiro.)
- FRAY VAL. Sentí en la casa  
pedir socorro, y al punto  
me dirijí á la morada  
de la víctima, cuando ésta  
en mis brazos se arrojaba  
medio espirante.
- ANSELMO. (¡Gran Dios!)
- ¿Y qué os dijo?
- FRAY VAL. Estas palabras:  
Busca á mi hija, y si la encuentras  
entrégala sin tardanza  
estos papeles...
- ANSELMO. ¿Qué?
- PACO. ¿Cómo?
- FRAY VAL. Dió el pobrecito su alma  
al Señor, y nada más.
- ANSELMO. Pero esos papeles...
- FRAY VAL. Se hallan  
en mi poder... Vedlos...
- ANSELMO. (Cogiendo los papeles.) Dadme;  
yo procuraré encontrarla,  
y se los daré.
- FRAY VAL. Eso era  
lo que yo, señor, ansiaba:  
como lo bueno que sois  
claramente se me alcanza,  
y como yo no he podido  
dar con su...
- ANSELMO. Sí; basta, basta.  
(Abre los papeles y los lee)
- FRAY VAL. Por eso se me ocurrió  
la idea...
- PACO. (A Fray Valentin.) ¡Silencio!
- FRAY VAL. Cáscaras,  
y que voz más parecida

á la del otro de marras!

ANSELMO. (Guardando los papeles.)  
(¡Ah ingrata mujer, con esto  
yo humillaré tu arrogancia!)  
Esperad aquí, pues tengo  
que entregaros una carta  
para que al padre Rufino  
se la lleveis sin tardanza.

Oye, Paco. (A Paco, y los dos bajan.)  
FRAY VAL. Está muy bien.  
¡Uy! qué lúgubre es la sala...  
Digo, y hay luz encendida,  
cuando tiene una ventana  
la habitacion... Hombre, esto  
me hace poquísima gracia,  
¿Pero á qué huele? ¡Oh, fortuna!  
¡Una mesa preparada  
con manjares!

ANSELMO. (Saliendo con Paco á la taberna.)  
Ya lo sabes.  
Discrecion y vigilancia,  
y en tanto que doy la vuelta  
tú no te muevas de casa.

(Váse D. Anselmo)

### ESCENA IX.

FRAY VALENTIN en el principal, luego la MENDIGA. PACO  
en la taberna.

(Paco arregla las mesas, sillas y jarras.)

FRAY VAL. (Mirando la mesa.)  
Aunque hace poco comí,  
su aspecto es tan excelente...  
¡Bah! Yo como aunque reviente.  
Para qué lo han puesto aquí.  
Digo, y que es malo el olor  
que despide el estofado. (Se sienta y come.)  
Canario, y qué bien guisado.  
Es sabroso, sí, señor,



y fuera ofensa gravísima (Levantándose.)  
no hacerle honor hasta el fin,  
porque al cabo...

MEND. (Dentro.) Valentin.

FRAY VAL. (Asentándose.) ¡Ave María purísima!  
Mi nombre sin duda alguna  
dijeron.

MEND. (Dentro.) Abre. (Dando golpes á la puerta.)

FRAY VAL. ¿Que es esto?

MEND. (Dentro.) ¡Soy la Mendiga! Abre presto.

FRAY VAL. ¿La Mendiga? ¡Qué fortuna! (Corre á abrir  
la puerta.)

Pero como aquí se esconde!  
Salid.

MEND. (Saliendo y apoyándose en Fray Valentin.)

¡Mi pecho se oprime!

FRAY VAL. ¿Estais mala?

MEND. (Haciendo un esfuerzo para sostenerse.)

Calla y dime.

¿Vive mi padre? ¡Responde!

A mis oidos llegó  
un atentado inaudito  
dicho por tí, y necesito  
que me lo repitas.

FRAY VAL. ¿Yo?...

MEND. Habla. No temas herir  
mi corazon. Tendré calma  
para todo; está ya el alma  
tan avezada á sufrir!

FRAY VAL. ¡Pobrecita! ¿Mas por qué  
á D. Anselmo no hablais  
y su apoyo suplicais?

MEND. ¿A ese miserable?

FRAY VAL. ¿Eh?

MEND. ¿A ese infame?

FRAY VAL. ¿Cómo?

Sí.

El de mi hogar me arrancó,

- él á mi padre mato.
- FRAY VAL. Y yo, bruto, que le dí  
los papeles que me habia  
vuestro buen padre entregado.  
Bonito desaguizado  
se va á armar por culpa mia.
- MEND. No importa, está en mi poder.  
A mí le tengo sujeto,  
pues desde allí su secreto  
he escuchado con placer,  
y esa, Valentin, será  
mi venganza; solo ansio  
que el rey me escuche, y confio  
en que el rey me escuchará.  
Partamos.
- FRAY VAL. Inútil creo  
vuestro afan.
- MEND. ¿Por qué?
- FRAY VAL. Olvidais  
que presa por él estais?...
- MEND. Es verdad. Vano deseo.  
¡Mas permanecer aquí!...
- FRAY VAL. Si pudiera entretener  
al tabernero, y hacer  
porque escapárais...
- MEND. ¡Oh, sí!  
Prueba, por Dios.
- FRAY VAL. Bien quisiera ,  
pero ese tio es tan largo,  
que me temo...
- MEND. Sin embargo...
- FRAY VAL. Esperadme en la escalera,  
¡qué diablos! voy á intentar  
engañarle, y os prevengo  
que ó pierdo el nombre que tengo  
ó conseguís escapar.  
Pues si no hallo la ocasion  
y me impacienta el malsin,

á fé de fray Valentin  
que le doy un achuchon.

(Fray Valentin y la Mendiga desaparecen por la primera puerta izquierda del principal, y Paco sale á la taberna por la segunda izquierda.)

PACO. Las doce están al caer  
y es preciso hacer que baje  
fray Valentin, no se encaje  
la gente y le vaya á ver.

(Dirigiéndose á la escalera.)

Pero sus pasos escucho.

Hombre, subia á llamaros.

FRAY VAL. Y yo bajaba á buscaros.

PACO. Sí?

FRAY VAL. Sí tal.

PACO. Me alegro mucho.

Qué quereis?

FRAY VAL. Como en subir

tardábais y... ya se vé  
yo... (maldito si ahora sé  
lo que le voy á decir.)

Con apetito me hallaba,  
y como precisamente  
tenia frente por frente  
lo que ansioso codiciaba,

resistir no me fué dado  
á tan feroz apetito,  
y me comí yo solito  
el jamon y el estofado.  
Guisos los dos, no exajero,  
hechos á la perfeccion.

PACO. Sí?

FRAY VAL. Sobre todo el jamon.

Oh! teneis un cocinero  
de lo mejor que imagino.

Pero por suerte fatal  
olvidásteis lo esencial  
en el banquete.

PACO. Ya, el vino.

FRAY VAL. Precisamente.

PACO. Por eso,  
qué diablos, no os disgusteis  
porque vino bebereis  
hasta saciaros.

FRAY VAL. Confieso  
mi debilidad. Quisiera...

PACO. (Dándole un jarro.)  
Tomad.

FRAY VAL. ¿Del jarro me dais?  
Hombre, ¿por quién me tomáis?  
Ved que no soy un cualquiera.  
Que mi gazzate es muy fino,  
y á fuer de cristiano viejo  
me gusta mucho lo añejo.

PACO. Os daré entonces del vino  
que tengo en la cueva.

FRAY VAL. Justo.

PACO. Muchacho, Diego. Esperadme  
sino, yo mismo... Alumbradme  
desde aquí.

FRAY VAL. Con mucho gusto.  
No os pegueis un coscorrón.  
Bajad despacio. Con calma.  
(¡Ay, si se rompiera el alma!)  
Pronto, salid... ¡No!

DIEGO. (Saliendo.) Patron.

FRAY VAL. (¡Qué oportuno!)

DIEGO. ¿Me llamábais?

FRAY VAL. ¡Menudas voces ha dado!  
A la bodega ha bajado  
viendo que no contestábais,  
y allí impaciente os espera.  
Tomad y alumbradle vos.  
¡Ajajá! ya están los dos  
por fin en la ratonera.  
(Cerrando la trampa y bailando encima.)  
Escapaos presurosa

pues nadie os impide el paso,  
(La Mendiga sale de la taberna y váse por el foro  
izquierda.)

que yo tambien por si acaso  
pondré piés en polvorosa;  
pues si me pescan, *malorum  
per costillorum conqubus;  
libertarum pellejibus,  
corribis pantorrillorum.*

(Se remanga los hábitos y echa á correr.)

### ESCENA X.

PACO Y DIEGO por la cueva, enseguida cuatro embozados y  
despues Don Anselmo. Música piano en la orquesta.

PACO. ¡Por vida del diablo, abrid!  
(Paco y Diego, que han abierto la trampa. suben  
de la cueva.)

Pero ¿qué idea os ha dado  
de cerrar?... ¿Eh? ¿Se ha marchado?

EMBOZADO. (Entrando en la taberna.)

¡Buenas tardes!

PACO. ¡Ah! subid...

(Paco y los embozados suben al principal. D. An-  
selmo sale por el foro.)

### Música.

CORO. (Dentro.) ¡La mendiga! ¡La mendiga!  
Qué alegría, qué placer.  
Ya por fin... hoy con nosotros  
la tenemos otra vez.

PACO. ¡La mendiga!  
(Corre á la puerta segunda izquierda y la abre.)

ANSELMO. ¡La mendiga! (Subiendo al foro izquierda.)

PACO. ¡No está aquí, condenacion!

ANSELMO. ¡Es la misma, sí, no hay duda!

PACO. ¡Ese lego la salvó!

ANSELMO. ¡Todo el pueblo la rodea!

PACO. ¡Soy perdido, vive Dios!

(Don Anselmo se oculta en la taberna.)

ESCENA XI.

DICHOS, LA MENDIGA y coro general.

MEND. Amigos míos  
ya estoy aquí;  
seguidme todos,  
venid, venid.

CORO. Ya veros no creimos,  
ya oiros no pensamos;  
si mucho lo sentimos  
hoy más lo celebramos.  
Por esta bien venida  
echad una cancion,  
que á vuestra voz querida  
se alegra el corazon.

MEND. Gracias mil, amigos míos;  
atencion, voy á cantar.  
(Quiera Dios mi acento logre  
esos muros traspasar.)

CORO. Va á cantar, mucho silencio.

ANSELMO. Desde aquí escuchar podré.  
Qué intencion será la suya.  
Va á cantar; oíganos, pues.

MEND. Oye, pueblo querido,  
mi pobre acento;  
no olvides mis cantares  
ni mis consejos.  
Oye la voz  
que se exhala del fondo  
del corazon.  
(Todo el mundo forma corro á la derecha, y la  
mendiga queda en el centro.)

I.

MEND. Nobles hijos de Castilla,  
pátria ilustre del valor,  
que gozais en dulce calma  
de ventura y esplendor,

la ambicion entre la sombra  
con satánica maldad  
quiere, infame, arrebatáros  
vuestra santa libertad.

CORO.

Nobles hijos de Castilla, etc.

(Don Anselmo, concluida la primera estrofa, desaparece.)

II.

MEND.

En su alcázar poderoso  
mora Cárlos, el gran rey,  
de extranjeros envidiado  
y querido por su grey.  
Al pié de su régio trono  
dormitando está el leon;  
cuida, ¡oh rey! que una serpiente  
no le clave su aguijon.

CORO.

Seguid, nada os detenga,  
seguid vuestra cancion,  
pues todos al oiros  
pensamos como vos.

TODOS.

Nobles hijos, etc.

ESCENA XII.

DICHOS, DON ANSELMO y ALGUACILES.

ANSELMO.

Prended á esa mendiga  
en nombre de la ley.

MEND.

¿Prenderme á mí?

CORO.

Prenderla!

ANSELMO.

Sí tal.

MEND.

¿A mí? ¿Por qué?

ANSELMO.

Los ánimos del pueblo  
exacerbando está,  
y debe en un encierro  
su crimen espiar.

MEND.

¡Mi crimen, cielo santo!  
¡Horrible acusacion!  
El cielo me abandona,

- me niega su favor. .  
**AENSELMO.** Sin dilacion llevadla.  
**MEND.** Jamás.  
**ANS. Y ALGS.** Venid.  
**MEND.** La muerte es preferible.  
**CORO.** ¡No, no!  
**ANS. Y ALGS.** ¡Sí, sí!  
**CORO.** De nuestras manos nadie.  
la arrancará.  
**ANSELMO.** A la prision al punto.  
**CORO.** ¡Jamás, jamás!  
**ANSELMO.** Favor á la justicia.  
Cumplid la ley.

ESCENA XIII.

DICHOS, el CONDE y Guardias.

- CONDE.** (Apareciendo en el foro. Todos se retiran.)  
Dejad á esa mendiga,  
lo manda el rey.  
**ANSELMO.** ¡Aranda!  
**CORO.** ¡El conde!  
**MEND.** (¡Cielos!)  
**CONDE.** Del rey la voluntad  
ordena que á palacio  
me siga sin tardar.

Todos.

- MEND.** Es un sueño sin duda, Dios mio,  
lo que viendo mis ojos están.  
Mi estudiante es el conde de Aranda;  
imposible mi dicha alcanzar.  
¡Pobre amor en el pecho nacido,  
cuán fugaz tu existencia pasó;  
ya desde hoy tus latidos acalla,  
sufre, pues, infeliz corazon!  
**CONDE.** Ese infame pretende perderla,  
quiere á prueba poner su virtud;  
creo ver en el fondo de su alma



de otro crimen un rayo de luz.  
Pobre niña, qué amarga es su pena,  
cómo el llanto su faz marchitó.  
Yo sabré defender su inocencia  
y librarla del mónstruo feroz.

ANSELMO, PACO Y EMBOZADOS.

Otra vez, noble conde, á mi paso  
te apareces con saña cruel.  
Si otra vez mi ventura arrebatas,  
yo vengarme muy pronto sabré.  
Por tu orgullo infernal padecemos,  
nuestra causa por tí vaciló,  
pero duerme tranquilo esta noche  
que mañana tu orgullo acabó.

CORO. Quiera el cielo que alcance la pobre  
ver colmada su dicha por fin.  
Entre tanto de aquí no nos vamos  
hasta verla de nuevo salir.  
A palacio la llevan, no hay duda,  
pues el conde á buscarla salió.  
Como el rey sus cantares escuche  
de la ley libertarse logró.  
(Todos se dirigen al foro y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

## ACTO TERCERO.

---

### CUADRO PRIMERO.

Interior del meson del Duende. Casa blanca. Una puerta á la izquierda y otra á la derecha. En primer término izquierda una mesa y junto á ella una silla.

### ESCENA PRIMERA.

La MENDÍGA, MARICUELA y el POSADERO, que viene guiándolas con un velon encendido.

POSADERO. Pasad; en este aposento  
podreis descansar en tanto  
que habitacion se dispone  
para las dos.

MARIC. Bien pensado.

(La mendiga se sienta al lado de la mesa como abstraída. El posadero deja el velon.)

POSADERO. ¿Querreis camas?

MARIC. Por supuesto;  
si no intentais que durmamos  
en el suelo.

POSADERO. Dios me libre.  
No se hizo para cristianos  
cama tan dura, ni ménos  
para mozas de ese garbo  
y esa cara. (Por la Mendiga.)

MARIC. Se agradece,

si algo me toca.

POSADERO. ¡Canastos!

El vino, cuanto puro,  
es tanto más apreciado;  
y á mí me gusta lo bueno,  
y lo que bebo lo pago.

MARIC. Pues, amiguito, á otra puerta;  
que aquí ni tinto ni blanco  
se despacha; ¿habeis oido?

POSADERO. Si, á fé, y si pude faltaros,  
dispéñseme su *usiria*.

MARIC. Por mi parte, dispensado;  
que aunque no soy *roma*, tengo  
licencia del padre santo.

POSADERO. Cierro el pico. (El Posadero va á marcharse y  
Maricuela le detiene.)

MARIC. Una palabra:  
¿No teneis aquí hospedado  
á un sugeto?... Un estudiante...

POSADERO. ¿Uno solo? ¡Tengo tantos!

MARIC. Se llama Antonio el que busco.

POSADERO. ¿Antonio, decís? Ya caigo.  
¿Es un cursante de leyes?  
Guapo chico... es decir... guapo...  
El no tiene una peseta,  
pero tan formal...

MARIC. Llamadlo.

POSADERO. Pero es el caso que ahora  
no está en casa.

MARIC. En ese caso...

POSADERO. No ha de tardar, segun pienso,  
si sabe le está esperando  
su... Es decir... El acostumbra  
á retirarse temprano  
si no hay por Madrid jarana,  
ó serenata, ó escándalo,  
y en cuanto llegue, yo mismo  
le diré...

MARIC.

Bien, retiraos.

POSADERO.

(¡No hay duda, gato tenemos!)  
¡Si algo ocurre, poco tardo! (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

DICHAS, ménos el POSADERO.

MARIC.

Qué importuno es el tal hombre.  
Como nos ve solas... ¡Claro!...  
(Acercándose á la Mendiga.)

se figura... Y á propósito,  
¿no habeis, como yo, notado  
en esa calle dos hombres  
que, al parecer, nuestros pasos  
iban siguiendo? Yo al verlos,  
de miedo estaba temblando,  
y no os dije... ¿Qué os sucede?

MEND.

¡Ay, María!

MARIC.

Tened ánimo.

MEND.

No, no hay consuelo en el mundo  
para mí.

MARIC.

¿Qué estais hablando?  
¿No ha de haberle? Con el tiempo  
todo cede al fin y al cabo.  
Yo tambien, por mi desgracia,  
creí mi fin muy cercano  
al ver morir á mi Lúcas,  
que era un bienaventurado,  
y ya veis, hasta el presente,  
Dios no me niega su amparo.  
Tus consuelos agradezco,  
Maricuela, aunque son vanos.  
Desahogad en mí las penas,  
que si no hay remedio humano,  
llorando á un tiempo las dos  
á ménos penas tocamos.  
¡Hablad, pues!

MEND.

MARIC.

MEND. Dios no ha querido  
que cesara mi quebranto  
con la muerte, permitiendo  
me librase por milagro  
Fray Valentin.

MARIC. ¿El leguito?

MEND. Sí, por desgracia.

MARIC. Explicaos.

MEND. Loca y ciega de venganza,  
concebí el proyecto extraño  
de pedir favor al rey  
contra esos viles... Dios santo!...  
Otra vez junto á mí veo  
á mi opresor que, auxiliado  
por la justicia, á la cárcel  
quiere llevarme inhumano.  
Mis lágrimas son inútiles,  
ruega el pueblo y ruge airado,  
cuando un noble caballero  
que salia de Palacio,  
imponiéndose á la ronda,  
me liberta de sus manos.  
¿Y sabes tú, Maricuela,  
quién era aquel potentado?  
El conde de Aranda.

MARIC. ¿El conde?

MEND. ¡Mi estudiante!

MARIC. ¡Cielo santo!...

MEND. ¿Comprendes ya las desdichas  
que me devoran?

MARIC. ¡No salgo  
de mi asombro! ¡Quién diria!...  
¡Tan fino y enamorado!...  
Continuad; una vez ya  
libre de aquellos malvados,  
¿Qué os pasó?

MEND. Seguí del conde  
maquinalmente los pasos,

y sir ver por dónde ó cómo  
me encontré en el régio estrado.  
Postréme ante el rey de hinojos,  
regué sus piés con mi llanto,  
y el monarca, enternecido  
por mi dolor, y magnánimo,  
encargó al conde que fuese  
de mi orfandad el amparo.  
Y aquí tienes, Maricuela,  
á esta infeliz, esperando  
tan solo encontrar la vida  
en quien la muerte le ha dado.

MARIC.

¿Entonces á qué obedece  
esta visita?

MEND.

A un mandato  
del conde. Mas no preguntes,  
porque es un secreto.

MARIC.

Callo;  
y si quereis, voy adentro  
á meter prisa á ese záño  
de posadero, y buscar  
algo de comer de paso,  
que estais muy necesitada,  
y os hace falta reparo.  
(Váse por la izquierda.)

### ESCENA III.

LA MENDIGA.

Música.

---

¿Por qué si en mi camino  
sembrado de dolores  
la flor de mis amores  
amante ayer cogí,  
hoy quiere mi destino,  
acaso por mi daño,  
que el frio desengaño

la arranque, ¡ay Dios! de mí?  
Si al fin la ruda muerte  
al desengaño unida  
mi dicha más querida  
consigo se llevó,  
¿por qué quiere la suerte  
que sufra tal tormento,  
si al dulce sentimiento  
mi pecho se cerró?

—  
Padre del alma mia  
oye mi voz,  
y desde el cielo mira  
mi situacion.  
Sálvame por favor!  
Ten de mí compasion!

—  
Fuerzas á tu hija presta  
para sufrir!  
No me abandones padre,  
ruega por mí!

Concluida la romanza, Elvira, sollozando, cae en la silla colocada al lado de la mesa, y se cubre la cabeza con las manos. Pequeña pausa. D. Anselmo se presenta en la puerta de la derecha, y despues de recorrer la escena con la mirada, se fija en la Mendiga.

#### ESCENA IV.

LA MENDIGA, DON ANSELMO.

**Hablado.**

—  
**ANSELMO.** Es ella!... No me han mentido!  
Y duerme! Me ahoga el placer!  
Ya otra vez á mi poder  
el infierno te ha traido!  
Qué vacilo! A mi pesar  
siento que por su hermosura  
mi pecho el amor tortura,

y ahora necesito odiar.

(Recorre la escena con la mirada.)

Nadie! Tranquila reposa!

Selle su lábio indiscreto

y ocúltese mi secreto

con ella en la misma fosa.

Su exterminio necesito!

No hay más medio que matar,

que si el fin llego á lograr

mi crimen no es un delito!

Ella ó yo! Resolucion!

(Da un paso y se detiene.)

Aún dudas alma mezquina!

¿De qué modo se asesina

que no tiemble el corazon?

Va á adelantarse D. Anselmo, y al oír á la Mendiga se detiene. Esta se levanta, y al verle retrocede espantada, hasta colocarse detrás de la mesa. Don Anselmo adelanta un paso.

MEND.

Ay de mí!

ANSELMO.

Qué?

MEND.

Dios eterno!

ANSELMO.

Muere!

La Mendiga en este momento apaga la luz y retrocede buscando la puerta de la izquierda. D. Anselmo sube por el centro.

Pretendes librarte,

infeliz! Yo sabré hallarte

aunque te ocultes el infierno.

MEND.

¡Favor!

ANSELMO.

No le hay para tí.

MEND.

¡Socorro!

ANSELMO.

Tarde vendrá.

¡Maldicion! (Viendo que traen luz se dirige á la derecha.)

MARIC.

(Saliendo por la izquierda con un velon encendido.)

¿Qué ocurre?

(Al dirigirse Don Anselmo á la puerta de la derecha se presenta en ésta el conde de Aranda, embocado. Don Anselmo queda petrificado. La Mendiga



y Maricuela se quedan asombradas.)

TODOS.

¡Ah!

CONDE.

(Desembozándose con calma, dice á D. Anselmo despues de una pequeña pausa.)

Celebro hallaros aquí.

ESCENA V.

DICHOS, EL CONDE y MARICUELA.

ANSELMO.

¡Aranda!

MARIC.

¡El conde!

(Dejando el velon sobre la mesa.)

MEND.

¡Aquí vos?

Dios le trajo.

CONDE.

Retiraos

un momento. (La Mendiga y Maricuela vánse por la puerta izquierda acompañados del conde; Don Anselmo quiere marcharse por la derecha, y Aranda le detiene.)

Vos quedaos;  
tenemos que hablar los dos.

ESCENA VI.

EL CONDE y DON ANSELMO.

ANSELMO.

(Si escuchó... Calma.)

CONDE.

Pardiez,

que no esperaba en verdad  
la feliz casualidad  
de vernos segunda vez,  
é ignoro si es el destino,  
el demonio, ó quizás Dios,  
quien pone siempre á los dos  
frente á frente en su camino.

¡A qué debo esta fortuna  
á tal hora y en tal punto?  
Sin duda algun grave asunto...

ANSELMO.

Muy grave, sin duda alguna;  
pues el hombre que piedad

y alma cristiana atesora,  
no repara en sitio y hora  
para hacer la caridad.

CONDE.

¡Caridad! Angel hermoso  
de los cielos descendido,  
consuelo del afligido,  
faro del menesteroso.  
¡Caridad! Lazo fecundo  
de la pobre humanidad;  
¡con cuánta facilidad  
te falsifica este mundo!  
No permitas, angel santo,  
se cobije por tu mal  
la hipocresía infernal  
en los pliegues de tu manto.  
Impide con noble ejemplo,  
que á tu sagrado se acoja,  
y como Jesús, arroja  
á los judíos del Templo.

ANSELMO.

Callad; el diablo os provoca  
contra mí, dijisteis bien;  
y el diablo es sin duda quien  
blasfema por vuestra boca.  
¡Ni lo más noble y sagrado  
vuestra soberbia respeta?

CONDE.

Quiero arrancar la careta  
al crimen enmascarado.  
Mi conciencia me lo manda,  
y juro no descansar  
hasta poderlo lograr  
ó morir en la demanda.

ANSELMO.

¡Sospechais de alguno acaso?

CONDE.

Mucho más, ya lo vereis.

ANSELMO.

Cuidado, conde, no deis  
sin pruebas algun mal paso.

CONDE.

¡Pruebas quereis?

ANSELMO.

Pruebas, sí,  
que evidencien el delito.

- CONDE. Las pruebas que necesito  
están muy cerca de mí.
- ANSELMO. ¡Cómo! (Si llegó á saber  
que estos papeles...)
- CONDE. ¿Qué os pasa?
- ANSELMO. (Aun más seguros que en casa  
los llevo aquí en mi poder.)
- CONDE. ¿A qué viene ese temor?  
conocéis al delincuente?
- ANSELMO. Tiemblo por el inocente  
y aborrezco al opresor.
- CONDE. ¡Inocente! Así se nombra  
al infame que escudado  
con un intento sagrado  
hiere á mansalva en la sombra?
- ANSELMO. ¿Qué decís? ¡Tamaño ofensa!  
¡Inocente el que inhumano  
asesina á un pobre anciano  
y á una doncella indefensa!  
¡Si los que obran de tal suerte  
son inocentes, pãrdiez,  
venga Herodes otra vez  
y vuelva á darles la muerte!
- ANSELMO. ¡Miserable! ¿sois capaz  
de imputarme tal fasía?
- CONDE. Cualquiera lo juraria  
al ver vuestra torba faz.  
Mas pronto saldré de duda,  
y hasta entonces...
- ANSELMO. ¡Ay de vos!  
veremos quién de los dos  
tiene más poder y ayuda.  
Dios que nos vé desde el cielo  
puede en un momento hacer  
que venga vuestro poder  
hecho pedazos al suelo.  
Será vuestro orgullo vano;  
él me auxilia.

CONDE. ¡Al cielo invoca!  
Siempre ese nombre en la boca  
y el puñal siempre en la mano.

ANSELMO. ¡Impío, por tus pecados  
teme de Dios la inclemencia!

CONDE. Tranquila está mi conciencia,  
que la teman los malvados.

ANSELMO. Ya no hay tregua entre los dos.

CONDE. Confío en mi buena suerte.

ANSELMO. ¡Guerra á muerte!

CONDE. ¡Guerra á muerte!

ANSELMO. ¡Hay de vos, conde!

CONDE. ¡Hay de vos!  
(Váse Don Anselmo.)

ESCENA VII.

EL CONDE, en seguida LA MENDIGA.

CONDE. Corre insensato si vas  
á disponer la venganza  
con que batallando estás.  
Corre, que en breve sabrás  
lo que mi poder alcanza.  
(Se dirige á la puerta de la izquierda, y sale la  
Mendiga.)  
Podeis salir, ya se fué  
quien vuestro espanto causó.

MEND. Sabíais...

CONDE. No sé por qué  
su intencion adiviné,  
y ella mis pasos guió.  
Mas pronto el tupido velo  
que oculta su idea ruin  
querrá descorrer el cielo,  
y nosotros nuestro anhelo  
conseguiremos al fin.

MEND. Escuche Dios vuestro afán  
y mi ferviente dolor.

CONDE. Oh, sí; en mis redes caerán,

pues su apoyo á darme van  
mi patriotismo y mi amor.

MEND.

Amor! Ilusion querida  
que brotó en mi pensamiento,  
y hoy se ve desvanecida,  
cual flor apenas nacida  
deshojada por el viento.  
Fugaz su existencia fué  
cuando eterna la creí.  
Yo en mi pecho la encerré,  
y ella, en premio de mi fé,  
mi pecho destroza así.

Por qué, si la suerte evita  
que realice una ilusion,  
no acalla mi amante cuita?  
Por qué, si el amor me quita,  
no me quita el corazon?

Cómo, pues, alimentar  
sueño tal con tanta calma?  
Cómo en la dicha pensar,  
cuando es preciso ocultar  
su pasion dentro del alma,  
y vivir, viendo morir  
sus esperanzas mejores,  
si es vivir, llorar, sufrir,  
y entre pesares vivir  
y vivir entre dolores!

CONDE.

Elvira, no alimenteis  
esa idea que me espanta,  
ni de mi pasion dudeis;  
os amo, y mia sereis  
ante el ara sacrosanta.

### ESCENA VIII.

Dichos, MARICUELA, luego ANTONIO.

MARIC.

Ahí están los estudiantes  
y Antonio con ellos.

CONDE. Bueno.

MARIC. Yo por la reja le he dicho  
que necesitábais verlo,  
y va á entrar.

CONDE. Has hecho bien;  
con eso ganamos tiempo.

MARIC. Miradle ahí.

ANTONIO. (Entrando.) Señor Conde,  
honra inmerecida os debo  
cuando á buscarme venís  
hasta mi humilde aposento.  
Teneis que mandarme?

CONDE. Sí.

A tí y á tus compañeros  
os necesito esta noche  
y con vuestra ayuda cuento.

ANTONIO. Disponed á vuestro antojo  
de lo poco que valemos.

CONDE. Gracias Antonio. Se trata  
de hacer un favor inmenso  
á la patria.

ANTONIO. Ya lo he dicho,  
mandad y obedeceremos.

CONDE. No te moverás de aquí  
hasta recibir un pliego,  
por el que sucintamente  
sabrás todo lo que quiero.  
Despues... discrecion y tino.

ANTONIO. No es preciso encargar eso;  
id descuidado. (Se oye tocar al rosario.)

CONDE. Al rosario  
están tocando. Marchemos  
Elvira.

MEND. Vamos.

CONDE. (Dando á Antonio un bolsillo con dinero.)

Regala...  
en tu nombre este dinero  
á los tuyos, y no olvides

el detalle más pequeño.

(Vánse el Conde y la Mendiga. Al pasar Maricuela y oír á Antonio se detiene en la puerta.)

ANTONIO. Vivan las hembras de garbo!

MARIC. Jesús, qué fino está el tiempo.  
(Váse Maricuela.)

ANTONIO. Eh! Mesonero del diablo,  
duende ó brujo, venid presto.

POSADERO. (Saliendo.) Qué se ofrece?

ANTONIO. Haced que al punto  
para mí y mis compañeros  
se arregle una buena cena.

POSADERO. Quién lo paga?

ANTONIO. Ahí va el dinero.

(Le tira sobre la mesa el bolsillo que recoge el posadero.)

POSADERO. Siendo así, perfectamente.  
Buenas ollas hay al fuego.

(Váse el posadero.)

ANTONIO. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)  
Eh! Canalla estudiantil,  
á ver, todo el mundo adentro.

## ESCENA IX.

DICHO, ESTUDIANTES y luego EL POSADERO.

UNOS. Qué sucede, amigo Antonio?

OTROS. Qué pasa?

ANTONIO. (Con misterio.) Mucho silencio!  
Puedo contar con vosotros  
como hasta aquí?

TODOS. Por supuesto.

ANTONIO. Pues escuchadme. Se trata  
de un tremebundo secreto,  
que puede cambiar la faz  
de la Europa en un momento.  
Nuestro enemigo...

(Todos se acercan á él con sumo interés.)  
es el hambre.

Las ollas están al fuego,  
desenvainad las cucharas,  
y al asalto, compañeros!

POSADERO (Saliendo.) La cena está pronta.

TODOS. Viva!

ANTONIO. A cenar!

TODOS. A cenar presto (Vánse todos.)

### CUADRO SEGUNDO.

Calle. Al fondo, y ocupando dos partes del teatro, la fachada principal del convento del Noviciado con la puerta principal en el centro, á la que se sube por anchas escalinatas. A la derecha, al fondo, una callejuela, á la que da la otra fachada del convento, con una puertecilla en primer término. Es de noche, la luna ilumina la fachada que dá á la callejuela.

### ESCENA X.

Gente del pueblo é individuos de la procesion. A la mutacion el rosario figura estar acabando de entrar en la iglesia. A la izquierda el pueblo de rodillas. Dentro de la iglesia se oye el órgano.

#### Música.

---

CORO. Señor, padre divino,  
Dios de bondad,  
enséñame el camino  
de la verdad.  
A tí llegue doliente  
mi devocion;  
concédeme clemente  
tu bendicion.

(Concluido el rosario ciérranse las puertas de la iglesia, y el pueblo se retira por diversos lados, ménos unos cuantos embozados que entrarán en el convento por la puerta de la callejuela, despues de haberse dicho estas palabras.)

#### Hablado.

---

UN EMBOZ. (A Paco.)

¿No hay contraórden?



PACO. Ninguna.  
EMBOZADO. Pues no perdamos momento  
y entremos en el convento,  
PACO. ¡Discrecion!  
EMBOZADO. Buena fortuna.  
(Entranse en el convento )

## ESCENA XI.

FRAY VALENTIN.

En tanto que los conjurados desaparecen, sale Valentin con sombrero y embozado en una capa, y dice mirando atrás:

FRAY VAL. No me siguen. Pues señor,  
al verme tan recatado,  
de fijo me habrán tomado  
por algun conspirador.  
pues no, señor, no hay tal cosa;  
soy un lego simplemente  
que se oculta de la gente  
de esta manera ingeniosa.  
Y si al mirar mi apostura  
se asusta alguno, es muy justo,  
porque yo mismo me asusto  
de mi extraña catadura.  
Pero lo raro del cuento  
es que ignoro á qué he venido,  
y quién aquí me ha traido,  
y lo que aquí represento.  
Solo sé que al salir yo  
del convento hace un instante,  
un hombre de mal talante  
en el hombro me tocó,  
y me dijo: «Es necesario,  
si evitar un mal quereis,  
que en el Noviciado esteis  
cuando concluya el Rosario.  
Ir oculto os interesa,  
que es del todo conveniente,

no os reconozca la gente  
y se malogre la empresa;»  
y esto dicho, me entregó  
su capote, su sombrero,  
me vistió de caballero,  
saludóme y se marchó.  
Y héte aquí á Fray émbozado  
hecho un maton de primera,  
sin saber á quién espera  
ni por quién es esperado.  
Pero aunque soy una malva  
con este traje, al mirarme,  
dispuesto estoy á pegarme  
con el lucero del alba.

ESCENA XII.

DICHO, EL CONDE, la MENDIGA y MARÍCUELA por la derecha.

CONDE. Ya no hay duda; allí han entrado  
y el templo cerró sus puertas.  
Las noticias eran ciertas,  
no os habíais engañado.  
Mas Valentin no ha venido...

MARIC. Allí hay un bulto.

CONDE. El será.

MARIC. Fray Valentin.

FRAY VAL. ¿Quién va allá?

(En este momento un oficial sale por la derecha y se dirige á hablar al conde, que ha subido al fondo con la Mendiga. En seguida aquel desaparece.)

MARIC. Yo, Maricuela.

FRAY VAL. ¿Qué he oido?

(¡Sin mí no puede pasar!)

MARIC. ¿Hermano, qué facha es esa?  
Decid.

FRAY VAL. Es una promesa  
á mi santo tutelar.

- MARIC.** Y no temeis que al saber  
vuestro impío fingimiento  
os arrojen del convento  
los padres?
- FRAY VAL.** Bien puede ser.  
Mas del susto me consuelo  
con la plácida esperanza  
de que al perder la pitanza  
encontraré en vos el cielo.
- MARIC.** Galanteos trasnochados.
- FRAY VAL.** Os lo juro muy sumiso.
- MARIC.** Para ir al cielo es preciso  
purgar antes los pecados.
- FRAY VAL.** ¿Y os parece floja pena  
y pequeño purgatorio  
renunciar al refectorio  
por llevar vuestra cadena?  
Lejos de humanas pasiones,  
¡qué delicia, qué ventura!  
disfrutan en su clausura  
aquellos santos varones.  
Dulce calma que convida  
á servir y amar á Dios.  
¡Ay, allí á no ser por vos  
pasara alegre la vida!  
Siempre mano sobre mano,  
dejando el tiempo correr,  
sin temor ni padecer,  
tan fresquito en el verano,  
tan calentito en Enero,  
tan templado en primavera.  
¡Y guisa de una manera  
el hermano cocinero!  
De seguro Dios no quiso  
complementar los placeres,  
pues si allí hubiera mujeres,  
para qué más Paraiso!
- MARIC.** Si eso os causa tal tormento,

idos benditos de Dios.

FRAY VAL. ¡Ay! si fuéramos los dos  
frailes de un mismo convento.

CONDE. (Bajando á donde está Fray Valentin.)  
¡Silencio!

FRAY VAL. El conde. ¡Oh, placer!

CONDE. (Mirando hácia la derecha.)  
Ya se acercan.

FRAY VAL. ¿Quién?

CONDE. Callad.

FRAY VAL. Callo.

CONDE. Este pliego tomad  
Fray Valentin.

FRAY VAL. ¿Qué he de hacer?

CONDE. Corred al meson del Duende.  
Allí está Antonio; llamadle  
y este papel entregadle  
sin falta. Ved que depende  
de vuestra ciega odiedencia  
nuestra mútua salvacion.

FRAY VAL. Cumpliré mi comision  
con valor y diligencia;  
que aunque al parecer no valgo  
para maldita la cosa,  
cuando la ocasion acosa  
suelo correr más que un galgo.

(Váse por la izquierda.)

CONDE. Y vosotras al momento  
id á esperarme á palacio.

MEND. ¿Tardareis?

CONDE. Muy costo espacio,  
descuidad.

MEND. No sé qué siento.

Si por mi causa, ¡ah señor!  
una desgracia os pasara  
jamás me lo perdonara.

CONDE. Sosegaos por favor,  
pues no hay tiempo que perder.

Partid Elvira sin miedo,  
que yo defendido quedo  
por mi amor y mi deber.  
(Váse el conde por la derecha.)

ESCENA XIII.

LA MENDIGA, MARICUELA, luego el CONDE y soldados,  
embozados por la derecha arriba.

MEND. ¡Dios os oiga!

MARIC. De seguro,  
pues no faltaria más.  
Ahora marchemos.

MEND. Jamás.

Cuando un gravísimo apuro  
se expone á correr por mí,  
que he de abandonarle infieres?  
No, Maricuela, no esperes  
que huya cobarde de aquí.

MARIC. ¿Pero quién os asegura  
su apurada situación?

MEND. Me lo dice el corazon,  
y mi propia desventura.  
Qué esperanza puede haber  
para esta infeliz!

(La música empieza á tocar muy piano. Maricuela  
sube un poco al foro derecha.)

MARIC. Callad!

Por esa calle... Mirad  
embozados creo ver...

MEND. Tienes razon!

MARIC. Pues á un lado.

(El conde y los soldados embozados atraviesan la  
escena, llegan á la puertecilla del convento, lla-  
man, les abren y entran. La Mendiga y Maricuela,  
ocultas detrás del primer bastidor de la derecha ob-  
servan.)

MEND. Más conjurados Dios mio!  
Solo en tu bondad confio!  
(Voces y gritos lejanos.)

MARIC. Anda, anda, la que se ha armado!  
¿No escuchais? Tiemblo de miedo!  
(Los gritos y murmullos se escuchan ya más cercanos.)  
Motin tenemos, no hay duda!  
Y aquí vienen! Dios me acuda!  
Huyamos!

MEND. No, yo me quedo.  
(Ambas quedan en el primer bastidor derecha.)

ESCENA XIV.

DICHAS, FRAY VALENTIN con el manteo terciado; en seguida ANTONIO, estudiantes y pueblo con hachones encendidos y palos.

FRAY. VAL. (Que sale corriendo por la izquierda.)  
Menudo cisco moví  
con el pliego que llevé;  
á todos los sublevé,  
á todos, ménos á mí;  
que por temor á un encuentro  
que me pueda disgustar,  
me voy á brujulear  
lo que sucede allá dentro.  
(Váse por la puerta falsa del convento. Antonio y el pueblo salen por la izquierda dando gritos.)

ANTONIO. No hay que perder un momento,  
muchachos; fuera temores  
y mueran hoy los traidores!  
Al convento!

Todos. Sí, al convento!  
Todos blandiendo los palos, las espadas y los hachones, se dirigen á las escalinatas del convento. Las puertas de éste se abren de pronto, y aparece el Conde de Aranda, y detrás de él dos religiosos. Todos retroceden un paso. Elvira sale del primer bastidor de la derecha y va al lado del Conde, que permanece en la puerta del convento. La orquesta rompe en un fuerte.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, EL CONDE DE ARANDA y dos religiosos. Luego DON ANSELMO, FRAY VALENTIN, PACO y conjurados conducidos por los soldados por la puertecilla.

CANTO.

CONDE. Deteneos!  
CORO. (Retrocediendo un poco.) Aranda!  
MEND. Dios le inspira!  
CORO. Mueran los conjurados!  
TODOS. Sí, sí!  
(Todos van á subir las escalinatas. El Conde da un paso y dice con energía:)

CONDE. Atrás!  
En la casa de Dios no se conspira.  
A Dios se eleva la oracion no más.  
(Dentro del convento se oyen los ecos del órgano. Todos caen de rodillas. El Conde al lado de la Mendiga al pié de la escalinata con Maricuela. El coro repite el coro del rosario, durante el cual, y muy despacio, por la puertecilla de la derecha se ve á Paco y á los conjurados, á quienes sacan presos los soldados. La luna alumbrará la calle por donde van los presos. El pueblo no debe verlos.)  
(Concluido el coro todos se levantan.)

Hablado.

MARIC. (Se los llevan, no está mal!)

MEND. (Al Conde.) Ah, señor, habeis logrado!...

CONDE. (Su destierro. Ya firmado traia el decreto real)  
Y pues las iras del rey  
provocan, sufran su sino.  
Para el cobarde asesino  
todo el rigor de la ley.  
(Señalando á D. Anselmo, á quien los soldados sacan atado codo con codo. Detrás sale Fray Valentin.)

FRAY VAL. (Empujando á D. Anselmo.)  
anda delante, y chiton,

que no sirve el alboroto.

(D. Anselmo se vuelve y le amenaza con la mirada. Fray Valentin le vuelve á empujar y los soldados se le llevan.)

Hombre, si no le acogoto  
no es por falta de intencion.

(Fray Valentin baja al proscenio.)

CONDE. Y ahora vos, tomad Elvira  
vuestra fortuna. Esta es.  
Vuestro padre era el marqués...

MEND. ¿Cómo?

CONDE. Sí, el marqués de Alcira.

(El conde la entrega una cartera.)

FRAY VAL. Gracias á mí, que llegué  
cuando iba á echarlos al fuego,  
y por el coraje ciego  
sobre el traidor me arrojé.

Le sujeté por los brazos,  
rodamos no sé hasta dónde,  
y á no intervenir el conde!...  
de fijo... me hace pedazos!

CONDE. Partamos, Elvira hermosa;  
quiero, acatando la ley,  
presentaros hoy al rey  
y pediros por esposa.  
Y vosotros sed testigos  
de nuestra dicha sin par.  
Yo sabré recompensar  
á mis leales amigos.

**Música.**

---

MEND. (Dirigiéndose al pueblo.)  
Ayer mendiga  
del Manzanares  
con mis cantares  
la dicha hallé.  
Hoy que la córte  
pone á mis brazos



dorados lazos  
que no soñé,  
llanto cruel siento brotar  
de mi angustiado corazon;  
tú solo puedes mitigar,  
padre querido, mi afliccion.

Si vuestro noble  
desinterés  
mi desventura  
trocó en placer,  
¿cómo olvidaros,  
cómo no amar  
tan dulce y santa  
fraternidad? (Telon rápido.)

FIN DEL ULTIMO ACTO.

## DOS PALABRAS.

---

Los Sres. Corona, Bosch y Moron, por un favor especial que nunca podremos agradecer lo bastante, se han prestado á desempeñar papeles inferiores á su categoría.

Tenemos una satisfacciou en consignarlo así, y en hacer público nuestro agradecimiento á todos los demás artistas que tanto han contribuido al éxito de esta obra.

LOS AUTORES.



# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

Librerías: de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del número 9.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de estas Galerías.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

## FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, París.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.